L A BOTICARIA DE LA ALAMEDA

RAFAEL MEDINA ORTEGA

La Boticaria de la Alameda

I

1

En una ciudad del sur de España, no muy grande ni capital de provincia, pero buen puerto pesquero, cabeza de partido judicial y centro principal de una comarca algo rica en agricultura con cierta industria de categoría, vivía y vive aún con buena salud conservando cierta belleza que da a la juventud, una farmacéutica, mujer de trato agradable, madre de tres hijos, hija de don Arcadio Ibarra Rodríguez, fundador de la gran farmacia, la mayor de la provincia y que verdaderamente era una preciosidad pues supo o tuvo el buen gusto de combinar magistralmente los bellos y más bien grandes tarros con productos químicos, hierbas medicinales y productos con requisitos que hoy exigen la nuevas farmacias informatizadas. El establecimiento era, sin duda alguna el más bello de la provincia en su rama y tal vez de España, pues mucho de esmeró en eso don Arcadio durante su vida laboral. Su hija, Angustias Ibarra Castro, la heredó cuando él ya se sentía cansado y consideró que ya había llegado la hora de jubilarse. A Santiago de Compostela la envió a estudiar, pues allí se formó como farmacéutico y consideraba que era el

mejor sitio para estudiar la nada fácil carrera de farmacia. Al lado había una casa más preciosa que la suya, propiedad de un médico muy amigo de don Arcadio, compañero de universidad, que además de buena clientela había sido un gran experto en el juego de cartas que le aportó mucho dinero, y solía decir

-En Santiago de medicina no nos enseñaron mucho de medicina, pero a jugar a las cartas…

2

Uno de los grandes deseos de don Arcadio era que su muy querida hija se casara con el hijo de su amigo, y en su pensamiento estaba muy seguro que a ese muchacho estaba destinada. Pero no así Angustias que, aunque no le cayera mal, pues era buen muchacho, estudioso, amable…, le faltaba algo que tal vez ella exigía, ¿qué…?. En cuestiones de amor es difícil encontrar razones… Tomás, como así se llamaba, se daba cuenta de ello, por lo que pocas ilusiones se hizo sobre ese asunto. Había otro muchacho, hijo de un vendedor de muebles y otros adornos del hogar, cuyo negocio estaba enfrente de la farmacia que bien prendado estaba de ella, y era lógico pues era guapita, tenía buen tipo, agradable en el trato y de esas que suelen atraer a los hombres. Éste se llamaba Augusto Dacosta, que aunque de buen parecer tenía fama de huraño, por lo que a no le hacía gracia. Ella, y en todo momento, evitaba el trato con él, cosa que al pobre Augusto le contrariaba, y bastante. “Yo no me merezco estos desdenes, no soy tan feo ni desagradable, y dinero no le falta a mi familia”. Los

dos, por así llamarlos pretendientes , estaban en un curso superior a ella en en el instituto de bachillerato.

Y cosa extraña, su principal amigo en el instituto era el alumno más feo del curso en que estaba. Un estudiante al que, por lo poco agraciado, no se le acercaban las compañeras, y decían de ellos cada vez que los veían juntos, recordando un viejo cuento: “Ahí van la bella y la bestia”.

La razón de la fealdad de Edmundo Lafontén, como se llamaba ese compañero, era que siendo un bebé y estando en su cuna, se metieron en la habitación dos ratas, que, una por un lado y la otra por el otro, le comieron la dos bolitas de grasa de las mejillasque tienen los lactantes, científicamente llamadas bolas adiposas de Bichat, y que tal vez lo hubieran matado si por los llantos y gritos

no hubiera acudido su madre a salvarlo, pero le quedaron para siempre unas feas cicatrices en ambas mejillas por lo que le pusieron el nombrete o apodo de El Feo. Sí señor, era Edmundo El Feo en aquella agradable ciudad donde vivían él y Angustias.

Los compañeros y compañeras del curso se extrañaban de esa rara amistad entre los dos. Ella atraía a los varones, pero el pobre Edmundo con aquella cara producía rechazo en el llamado bello sexo. Al preguntarle, Angustias contestaba: “Su trato es muy agradable, sabe de todo un poco, escribe cuentos y hasta poesías; cuando hablas con

él te olvidas de la cicatrices de la cara, además es deportista, juega al futbol en un equipo de aficionados muchos domingos y sabe nadar muy bien”.

-¿Estás enamorada de él?- le preguntó un día una compañera.

-En absoluto. Solo es amistad lo que nos une. Es un compañero como cualquier otro. Soy muy joven para tener novio y me espera la difícil carrera de farmacia. No puedo ni pensar en eso.

- ¿Y él de ti? .

- No. De eso ni hablamos. Como seguimos el mismo camino me acompaña hasta la puerta de la farmacia de mi padre al salir de las clases. Y basta, que ahí se acabó la amistad. Yo vivo en La Alameda y él tres calles más allá, en la calle del Vendaval.

- Eso de hacer poesías me parece un poco ridículo en la época actual – le espetó por último su compañera.

El abuelo de Edmundo Lafontén llego a la ciudad procedente de un lugar del norte, y con una piedra preciosa en el bolsillo. Unos decían que fue adquirida con malas mañas y otros que eso era imposible porque era una persona intachable. Al venderla, comenzó creó un negocio de su oficio: el de carpintero de ribera.

Reparar viejos barcos pesqueros de madera y hacer lanchas y botes de ese mismo material le dio

bastante trabajo y buenas ganancias, pero al cumplir los cincuenta años de su vida la aparición de los materiales plásticos como el polietileno, la fibra de carbono y otros similares y la desaparición de pesqueros del anterior material redujo sus ganancias de tal forma que le obligaron a abandonar su oficio y a emplearse en el buen comercio de efectos navales de un buen amigo. Así que se redujeron bastante sus ganancias. Tres hijos tuvo con su mujer, una guapa chica del pueblo de la que se enamoró. Dos de ellos estudiaron en la escuela náutico pesquera de la ciudad haciéndose patrones de altura, y el menor, padre de Edmundo, se hizo guardia municipal, llegando a ser el jefe de ese servicio. Tenía un hermano, que siguió el oficio de su padre, y una hermana, que era técnica de farmacia, pero no en la de don Arcadio, sino en una situada en la Calle Mayor.

Si bien Angustias realizó la enseñanza primaria en el Colegio, de las Ursulinas, Edmundo lo hizo en una escuela pública, juntándose luego en uno de los dos institutos públicos de la ciudad, en el que también hizo el bachillerato don Arcadio, centro al que le tenía mucho cariño. Pronto hicieron amistad a pesar de la fealdad de Edmundo y las directas e indirectas que les decían sus compañeras, menos la feúcha de la clase.

-No, yo no me fijo en su cara sino en su interior que es muy rico, aparte de ser buen estudiante y buena persona. Entre nosotros nunca surgirá el amor sino la amistad y la confianza.

-Pues así se empieza – le contesto una.

- No, eso no ocurrirá nunca. Si ustedes leyeran sus cuentos y poesías, seguro que se prendarían de él más que yo. Soy muy

independiente y difícil será que me ligue con un muchacho hecho a mi medida.

-Nosotras no leemos a cualquier escritorzuelo sino a autores ya consagrados. No podemos permitirnos el lujo de perder el tiempo con las estupideces que dirá Edmundo como tú, Angustias.´

- Pues ustedes se lo pierden.

Era la Alameda junto con la Calle Mayor, la Avenida Marítima y la Plaza de la Iglesia lo que se llama el centro de la ciudad o zona principal y comercial. Otrora fue la Alameda, que mediría unos cien metros de largo con una ancha explanada, el lugar del paseo y de reunión de los jóvenes de la ciudad, y a allí fue donde Don Arcadio conoció a Cristina, que sería su esposa y que le dio dos hijos hasta que un cáncer genital se la llevó de este mundo, dejando a su esposo en una profunda tristeza , de tal forma que se prometió, en memoria de su recuerdo, no contraer segundas nupcias, y dedicarse exclusivamente al cuidado de sus hijos, un niño y una niña. ”Nunca una madrastra podrá sustituir a una madre, y menos en mi caso que se me considera rico, pues si alguna se me acerca, será exclusivamente por el dinero. Tan atractivo no soy, lo reconozco, y la lotería nunca cae dos veces”. Y así se resignó; buen cristiano, y bastante cumplidor de sus usos y costumbres, sin ser fanático, era. Así que dejó en manos de Dios su destino…, el de cuidar a su dos hijos.

La ciudad se llamaba…, se llamaba…, ¡ah sí!…, Pero eso poco importa, y el bulevar en que estaba la

farmacia, lo llamaron la Alameda, porque al principio, viniendo del centro, tenía dos álamos, como custodiando la estatua de un valiente general nacido en ese lugar. Después a ambos lados de la ancha explanada central le seguían unos cipreses y eucaliptos, y después unos rosales, variedades de cactus, palmeras, limoneros y

naranjos, terminando de completar sus cien metros de largo unos bellos flambuayanes. Un pequeño parque infantil daba la alegría al lugar que era, sin duda alguna, el más lindo de la ciudad, pues buenas eran las casas, bares y comercios que la delimitaban. La Calle Mayor era más larga, pero más estrecha y sin vegetación. Y cómo no, la ciudad también disponía de un gran castillo a orillas del mar que otrora servía para su defensa de corsarios, piratas y ataques de enemigos de guerras. En la Plaza de la Iglesia, aparte de ese templo, solo había edificios oficiales: el ayuntamiento, el juzgado, el instituto donde estudiaban Angustias y Edmundo, y otros dos más.

Esta ciudad estaba considerada como la capital de una comarca cuyos límites coincidían con los de su partido judicial, que era zona rica en agricultura y con dos buenas playas a las que el turismo aportaba vida y buenas ganancias. En resumen, que era como la capital de una pequeña provincia con su propia personalidad e idiosincrasia.

II

Pero se acabó el bachillerato, y como todo tiene su fin, así aquella entrañable amistad entre Angustias y Edmundo también la tuvo. Por lo menos de momento, pues a Santiago de Compostela fue enviada ella para estudiar farmacia, y Edmundo escogió la capital de su provincia para los estudios de profesor de enseñanza general básica.

-¿Cómo se te ocurre dedicarte a educar niños? Eso tiene que ser muy aburrido e ingrato. Vente conmigo a estudiar ingeniería técnica mecánica que es muy interesante, tiene más salidas, se puede pasar a la fase suprior, se puede ganar más dinero.... Tienes la ventaja de que fuiste muy bueno en matemáticas- le decía un compañero que se trasladaba con él a la capital para hacer esos estudios supriores.

-No, ya lo tengo decidido. Mi destino son los niños… No sé porqué…Tal vez porque los niños de hoy serán los hombres del mañana…

- Así no te harás nunca rico.

- Ni pienso en eso, pero estoy seguro de que ganaré suficiente para vivir.

Lo cierto es que una vez cada uno en su sitio, Edmundo y Angustias perdieron contacto, aunque siempre recordaban las conversaciones del instituto, y hasta se echaban de menos... Buenos amigos fueron, pero entre ellos no hubo nunca lo que se llama amor, que suele ser algo más que una amistad, pero de tal forma que Edmundo se decía para sí, la chica de la que me enamore ser igual a Angustias pero miraba a su alrededor y no veía no veía nada similar.

8

Ella no decía lo mismo, pero algo parecido le pasaba acordándose casi a diario de las conversaciones, de los cuentos que escribía, de las poesías que recitaba y de su forma de ser. Pero no, no era amor lo que sentía por Edmundo sino una admiración como la que se siente por un cantante o por alguna celebridad. La carrera de farmacia era difícil y requería concentrarse mucho en su estudio, y no podía perder el tiempo en escribir o llamar por teléfono a alguien que con el cambio tal vez ya no le interesara su amistad. La gente cambia de lugar y también de parecer… A Edmundo le pasaba lo mismo. Ella en una buena residencia regida por monjas que no usaban hábito, y él, en una sencilla pensión. A ella no le faltaría dinero, pues don

Arcadio era rico, y el padre de Edmundo no. No tenía beca, pero sí una ayuda del ayuntamiento por ser hijo de un funcionario que le daba para costearse tres meses de sus estudios, es decir los del pago de la pensión y otros gastos.

Lo cierto es que cuando llegó a la Universidad la barba de Edmundo ya le había crecido, y aunque no le cubría todas las cicatrices por completo, ya no producía el rechazo de antes, dejando de ser feo y dándole un aire interesante. Allí, en la Universidad, no le llamaban El Feo, por lo que la seguridad y confianza en sí mismo fue aumentando. Ya era uno como los demás en todo.

Una pasión secreta de Edmundo fue la de estudiar el alemán solo, sin profesor, durante el bachillerato. ¿Por qué esa lengua y no otra?... Lo cierto es que el padre, por haber aprobado bien el curso, durante las primeras vacaciones de verano le pagó un mes de clases con un alemán jubilado que tenía su residencia en la ciudad. Cosa que se repitió en los años sucesivos. Lo cierto es que chapurreaba bastante esa lengua, de tal forma que al terminar la carrera le pagó un viaje a Alemania para un curso de un mes de

ese idioma. Ese fue el premio por haberse portado bien. Además ni bebía ni fumaba, teniendo un comportamiento ideal.
Durante los períodos de vacaciones los dos, se vieron algunas veces, y hasta hablaron como antes. Pero muy convencido estaba él de que de que no estaba hecho para Angustias. Tendría que buscar alguna parecida. Algunas compañera de universidad

hasta se interesaron por él, pero no eran sus ideales de mujer. Con la barba bien cerrada, que procuraba cuidarla bien, llegó a ser considerado guapo. Las pequeñitas cicatrices que se veían en la parte superior de pelo hasta le daban un aire, además de interesante, más varonil. Mucho se alegró Angustias de que su mejor amigo hubiera dejado de ser feo..., pero eso fue todo. El amor no se presentó con la gran mejoría de su aspecto. Algunas veces se topaba por la calle con don Arcadio, pero éste no lo reconocía, de forma que pensaba que se había ido a otra parte. Así su hija se olvidaría de ese pobre muchacho.

Durante el primer año después de la carrera Edmundo no encontró trabajo, limitándose a dar algunas clases particulares y a preparar dos oposiciones que tendría lugar en el año siguiente, sin olvidar su lengua preferida, el alemán. Las oposiciones fueron las del profesorado y la de guardia municipal, pero en las dos lo tumbaron. La de guardia fue a causa de la preparación física, pues los contrincantes eran más fuertes y más expertos en deportes y en artes marciales, aunque él no era ningún débil. Hasta había aprendido a conducir automóviles y motocicleta,

-El año que viene verás como lo consigues – le dijo su padre.

Y un amigo le recomendó que sacara el carnet de conducir camiones. Y estudiando eso estaba junto a las oposiciones, cuando lo llamaron para cubrir una plaza de profesor en un pueblo de la comarca, a causa de que la titular embarazada sufría de complicaciones que le obligaban a estar de baja. Eso fue hacia el

mes de febrero, con lo que sumado a la baja maternal tendría trabajo seguro para año y medio.

En la única pensión del pueblo encontró una habitación, donde también le daban comida. Era profesor único, pues el pueblo era pequeño. Distracciones no había por lo que aprovechó para leer en español y en alemán, llegando a ahorrar de tal forma que consiguió costearse un cursillo de verano en Austria… Luego, tras su llegada a España, un curso más en ese mismo pueblo. Y como en ese verano no hubo oposiciones, se fue al paro…, pero aprobó lo del carnet de camiones. Pero no fue fácil encontrar trabajo en ese oficio, pues solo durante un mes lo contrataron como repartidor de comidas, por lo que decidió irse a probar fortuna a Alemania… Y pese a los consejos de su padre de que no se fuera, un día agarró sus bártulos y allá se marchó. Pero esta vez no lo hizo en avión, sino por tierra, ya que quería ver los paisajes de las zonas intermedias, sobre todo los de la parte francesa.

Ya por medio de un empleado de la Farmacia de la Alameda se había enterado de que Angustias estaba en la ciudad de Wiesbaden trabajando en un instituto científico de un bien conocido laboratorio farmacéutico, que le dio la dirección de donde vivía. Una vez recibió un paquetito para su padre, y él anotó el remite por si hiciera falta. Por esa ciudad comenzaría Edmundo su aventura por Alemania... Ya daría con Angustias… El que busca encuentra… Habría cambiado, de eso estaba seguro, pero en lo esencial, no, ya que la conocía muy ben…, mejor que nadie.

III

En cuanto a Angustias Ibarra hay que decir que siendo buena estudiante, alojada en una excelente residencia de señoritas, buenas notas sacaba en sus estudios de la Facultad de Farmacia mientras su aspecto de mujer mejoraba mucho, de tal forma que intentaron recomendarla para ser la miss universidad, cosa a la que se opuso rotundamente. Ella no estudiaba para presumir de belleza. Su vida fue en Santiago de Compostela muy ordenada, pues así se lo exigía la organización religiosa que dirigía la residencia... Nada de salir de noche, y si tenían novios, las señoritas tenían que ser formales y con permiso de su padres. Cumplió ese requisito hasta la mitad del último curso en que conoció a un alemán llamado Helmut Kühn.

Helmut era un recién graduado economista, de buena y algo adinerada familia alemana, pues su padre era el director de una importante empresa de seguros en la zona de Wiesbaden, donde residía con su familia y había nacido Helmut. Éste era un hombre de la misma edad de Angustias, bien rubio, mejor parecido, atlético, simpático, agradable... Se

puede decir que de esos que dejan prendados a las mujeres, y por qué no… también a Angustias. La simpatía y su buen aspecto le atrajeron demasiado…, pero en lo del interior, no le atraía como lo hacía Edmundo. Pero este amigo de bachillerato bien sabía que no podía se para ella. Lo echaría de menos toda su vida, pero Helmut la atraía con fuerza. Probablemente eso era el amor verdadero, o sería una atracción porque la deslumbraba… Y Angustias eligió dejarse llevar por el deslumbramiento, de forma que al acabar la carrera se fue con él a Alemania, y a vivir con él en Wiesbaden.

12

Helmut Kühn era muy buena persona, también fue buen estudiante. Cuando le tocó entrar en la universidad, el padre, un hombre muy recto, le dijo: “Ahí tienes este dinero y seis años para estudiar, si no cumples no me pidas más”… Y eso que podía darle más. Acabó antes de los seis años y le sobró dinero. Durante las vacaciones de Navidad y Año Nuevo, se iba a los Alpes, unas veces alemanes y otras a los de Suiza, Italia o Francia. Y durante dos veranos se fue a recorrer el Sáhara de Argelia, una vez de este a oeste y otra de norte a sur, y viceversas. También recorrió a pie buena parte de Alemania y algo de los países vecinos. Deportes de preferencia no tenía ninguno, pero hacía tablas de gimnasia como también las hacía Edmundo, pero ambos moderadamente y sin presumir, lo que les ayudaba a fortalecer y darles tipo más atlético a las partes superiores de su cuerpo, más en Helmut que en Edmundo. Sí, Angustias muchas veces, a pesar de no haber convivido con Edmundo ni haber tenido compromiso con él, no podía evitar el compararlos,

cosa que no ocurría con otros que había conocido. Sin duda alguna Helmut era más divertido. La llevaba a bailar, cosa que le gustaba y que había practicado muy poco por lo difícil y duro de la carrera de farmacia que exigía muchas horas de estudio, y que poco tiempo le dejaban para esa y otras fiestas a las que llevaba Helmut.

¿Qué pensaría su padre si se enterara que convivía con un hombre sin estar casada? Para don Arcadio, hombre muy puritano, ella estaba haciendo la tesis doctoral en un prestigioso laboratorio alemán, y como buen puritano era también un gran admirador de las bien famosas disciplina y ciencia alemanas, que consideraba ejemplos para la Humanidad. Sin duda alguna en su trabajo era como pensaba su padre, un hombre cumplidor al máximo. En lo de casarse le decía a Angustias, que para eso siempre habría tiempo... Menos mal que don Arcadio tenía un miedo atroz a los aviones. “El hombre nació sin alas”, decía al respecto. Por lo de viajar a Alemania, ni hablar.

13

En lo referente a deportes, Helmut no era aficionado a ninguno. No asistía a espectáculos deportivos ni los veía por televisión. Bien es cierto que practicaba algunos, si se puede decir que lo que hacía lo eran, pero sin gran interés. Sabía montar en bicicleta, pero hacía tiempo que lo había dejado. Iba a una piscina climatizada, pero más por bañarse que por nadar, y hasta le gustaba tirarse de un trampolín, eso sí, sin técnica. A esquiar iba unos diez días al año, más por el ambiente festivo y por los paisajes nevados de las montañas que por el placer de deslizarse cuesta abajo, no pudiendo ser

considerado como un buen esquiador; como muy mediocre en ese arte podría ser considerado. Practicaba algunas tablas de gimnasia, pero no con continuidad, para así desarrollar los músculos de los hombros y de la espalda. De estudiante de bachillerato aprendió a montar a caballo, pero no a galopar, como lo de montar en bicicleta, asuntos de los que se olvidó al entrar en la universidad. A caminar, si se puede considerar un deporte, era muy dado, por la ciudad y por el campo, haciendo en ocasiones por las montañas lo que se llama senderismo.

Y fue lo de caminar lo que le llevó a España al graduarse en economía y emprender su año sabático. Aunque era evangélico se unió a un grupo de católicos que tenían por objetivo llegar a Santiago de Compostela a través del llamado Camino de Santiago, cosa que consiguieron caminando unas veces, y otras en autobuses y trenes. Había que caminar pues esa era la penitencia, pero el tiempo de los peregrinos era limitado al mes de vacaciones, por lo que los nuevos medios de transporte fueron necesarios. Y Helmut, aparte de su mochila, como los demás llevaba un bastón en forma de báculo, y una concha y una cruz colgando del cuello. En unos albergues determinados dormían y descansaban, celebrando, si no estaban muy cansados, unas buenas fiestas lor las noches, y así entre caminatas cantos, bailes risas llegaron a Santiago de Compostela. Ante la extrañeza de Helmut de tanto jolgorio, uno de lo peregrinos le contestó:

-Nosotros no somos penitentes sino que venimos aquí a rendirle un homenaje al Apóstol, y es así como él quiere vernos -. En varias iglesias se pararon a rezar, pero fue en la Catedral de Santiago donde más rezaron, y Helmut también lo hizo.

-¿Y ustedes están seguros de que el santo está aquí enterrado? preguntó Helmut, pero ninguno se lo aseguró, y uno le respondió:

-Eso es una cuestión de fe. No busque una explicación científica. La ciencia no lo explica todo, ni satisface a todos.

En esto unos frailes comenzaron a columpiar el famoso botafumeiro que desprendió un olor muy agradable para Helmut.

Los demás se volvieron a Alemania, pero él se quedó allí en una pensión. “Aprenderé algo de español” decía, y alguien le respondió: “Pero aquí también se habla el gallego, muy parecido al portugués”. “Pues también aprenderé un poco de esa lengua”.

Se compró ropa, pues solo traía la de un pobre peregrino, se compró libros de gramática castellana y un buen diccionario español alemán y se inscribió en la Universidad de Fonseca en un curso de castellano para extranjeros, siendo en un bar de ese famoso centro donde conoció a una estudiante guapa y muy agradable de nombre Angustias que estaba ya acabando la carrera de farmacia. Los dos se gustaron y decidieron juntarse, cosa que hicieron al acabarse los cursos de la Universidad. Ella ya graduada, y él con bastantes conocimientos del español que posteriormente le servirían para su profesión de economista.

Angustias le comunicó a su padre de que se iba a Alemania a hacer la tesis doctoral, pero nada le dijo de que se iba a vivir con un hombre, pues don Arcadio, puritano al máximo, no soportaría esa afrenta.

Una vez en Wiesbaden, el padre de Helmut, hombre influyente, le consiguió a su hijo un buen empleo en una oficina

bancaria de la ciudad, y Angustias uno en un importante laboratorio farmacéutico en el misma lugar. Y bien remunerados lo dos; mejor él por supuesto.

Vivían en un buen y espacioso piso, lujoso, muy cerca de la Kurhaus, antigua vivienda del padre que se había trasladado a un chalet en Eltville, lugar muy próximo a Wiesbaden, donde residían gentes de alto postín y afamados artistas.

Como Angustias a todos los hombres los comparaba con su buen compañero y mejor amigo Edmundo, Helmut, por su natural alegría y capacidad de decisiones, lo valoraba mucho, le levantaba el ánimo, y hasta era capaz de decir que lo amaba de verdad, de lo que no le quedaba duda, convencida de que sería el hombre para toda su vida. Edmundo, con sus conocimientos y su forma de comportarse sería siempre un recuerdo agradable de cómo debía ser un hombre. Dichosa sería la mujer que lo consiguiera.

Francamente Wiesbaden, era una ciudad preciosa, bien construida y trazada, en que lo moderno bien hacía jugo con lo antiguo, pues al no ser muy destruida por la gran guerra del 1939 al 45,

bastante conservada de su esplendor pasado, como ciudad preferida por noblezas como la rusa y por el mismo Kaiser, en este caso Guillermo II, último del II Reich alemán, pues la fama de las propiedades curativas de sus aguas termales viene desde la más remota antigüedad. Los romanos la llamaban Aquis Mattiacis; Aquis, de agua, y Mattiacis, de cómo llamaban el pueblo que allí vivía al ser anexionado por el Imperio Romano. Situada en la orilla oriental del Rin se encontraba el Lymes, o limite de ese imperio en la Germania, que se extendía a lo largo de ese grande, caudaloso y maravilloso río.

Como es lógico la parte que más le gustaba a Angustias era la zona de la plaza de la Kurhaus con su buen edificio sus construcciones laterales, también llamadas Kolomnaden, traducido como columnadas, la larga Wilhemstrasse que viene

desde la estación de trenes, pasa por enfrente de la Kurhaus y sigue hacia arriba. Poco más allá del final se encuentra la iglesia ortodoxa construida por los nobles rusos a los que tanto le gustaba Wiesbaden y que tanto dinero se gastaron en su sala de juego. Mucho debía ser, que hasta Dostoyevky hizo una novela sobre sus compatriotas en esa ciudad, “El Jugador”, que ya en el siglo XXI sigue tan fresca como en el XIX en que se escribió… Sí, en la Kurhaus había un importante casino de juego como en Montecarlo, y salas de fiestas, famoso restaurante, salas de conferencias para congresos, también una para conciertos etcétera… El gran teatro de la ciudad, algo regio estaba en un edificio de las Kolomnaden. Mirando de frente, desde la Wilhelmstrasse, a mano izquierda se encontraba ese

maravilloso teatro digno del emperador de Alemania. Entre esa gran plaza, extendiéndose hacia el sur, llegando a la estación de ferrocarriles, había un gran parque frondosos árboles, varios exóticos que tienen un cartelito con el nombre de cada árbol escrito. Allí estuvo, o está aún el club de oficiales norteamericano, de cuando esa zona era la sede de la ocupación norteamericana de esa parte de Alemania, con todo eso que suponía: su comandancia suprema, su gran hospital…

Otra calle que le gustaba a Angustias, por sus comercios claro está, era la Römerstrasse, que, por suerte, no quedaba lejos de su casa. Digna era de verse la catedral evangélica, y no hemos de olvidar que Wiesbaden era la capital del Land de Hessen, algo así como la capital de una comunidad autónoma española. Fánkfort, ciudad mucho más grande y cercana, es la capital bancaria de Alemania. Visitar y contemplar la ciudad compensa.

Angustias pasaba muy feliz sus días en esa ciudad y a su padre lo tenía muy convencido de que estaba haciendo una tesis, que no muy conforme e ignorante de su relación extramatrimonial con Helmut Kühn, pensaba: “¿Para qué hará esa criatura la tesis

doctoral si con la farmacia que le dejo podrá ganar todo el dinero que quiera?”

Para ella la estancia en Wiesbaden era el tiempo más feliz de su vida. Helmut era un hombre muy alegre, trabajador y serio. Con ella se portaba muy bien, y en él encontró lo que se llama amor, cosa que no había conocido, porque su amistad y admiración por Edmundo solo había sido eso, y

seguía siéndolo. Le gustaba la capacidad de Hemut para beber, que solo lo hacía en cantidad moderada para mantenerse en forma, siempre con bebidas ligeras como el vino del Rin y la cerveza. Durante su estancia en Santiago solo bebía vino de Ribeiro, porque le recordaba al de su tierra. Durante las fiestas bebía algo más para alegrarse, pero parecía que tenía un sentido interno que le decía que ya había llegado al límite de la alegría y que de ahí no debía pasarse. Luego se pasaba por lo menos cinco días sin probar el néctar de las uvas ni la cerveza para así darle reposo al hígado en su labor de desintoxicación. Sí, fueron meses muy felices los que siguieron a su llegada a Wiesbaden, pues no había espectáculo, fiestas, bailes a los que no fueran; visitas a las piscinas con el agua caliente de las fuentes termales no faltaron. En eso era Helmut inagotable, hasta que en varias ocasiones Angustias tuvo que decirle basta que también tengo que estudiar para la tesis, o estoy cansada del trabajo; él no se cansaba nunca. Hacían con cierta frecuencia los domingos excursiones pero no se alejaban mucho de la ciudad. Mucho deseaba Angustias hacer una gran excursión por la preciosa Alemania durante las vacaciones, a lo que le respondió su amigo:

-Eso lo dejaremos para el año que viene. Éste iremos a Escocia que es maravillosa y estoy deseando conocerla desde hace tiempo. Te encantará.

Y así fue, volviendo la muchacha encantada de ese país. Y así fue, volviendo la muchacha encantada de ese país.

A los pocos días de la vuelta recibe Helmut una carta en la que se le comunica un acenso, con sustancioso mejor sueldo en la sección de extranjería del banco en su sede central en Frankfort, uno de esos rascacielos de esa gran ciudad. De mudarse a vivir allí no era necesario, pues con coche BMW, que le regaló su padre, desde Wiesbaden, se pondría allí en menos de media hora… Sus conocimientos de español habían contribuido bastante a este ascenso, siendo desde ahora una persona importante en el mundo de las finanzas alemanas. Su antecesor en ese cargo había sido nombrado para un alto cargo en el ministerio de asuntos exteriores. ¿Seguiría él el mismo camino?… El orgullo de su padre fue grande y se lo dio a entender así a Angustias:

-Tal vez llegues a ser la esposa de un ministro.

El señor Kühn padre, hombre puritano como don Arcadio, aunque no tanto, hasta estaba muy convencido de que su hijo estaba casado con Angustias. Cosa que le agradaba,

Todo iba muy bien y muy satisfecho estaba Helmut con su ascenso, ganando más dinero del que se podía imaginar que le permitió hacerle un valioso regalo a Angustias en recuerdo de tan agradable acontecimiento.

-Me han acogido maravillosamente, y una compañera me confesó que muy probablemente me daría muy pronto otro cargo superior, pues muy contentos estaban con mi rendimiento. Al parecer mucho dinero le he dado a ganar al banco, lugar donde prácticamente donde solo se habla de números y de billetes, asuntos de los que soy un gran experto.

Angustias se sentía muy feliz, pues a esa alegría de Helmut se unía lo que le dijo un día.

-Como yo no tengo tiempo vete tú ya tramitando los papeles para casarnos legalmente.

19

Y eso estaba su compañera cuando, al cuarto mes de ese sorprendente nombramiento, una mañana Helmut se levantó para ir al trabajo y no volvió más… en su lugar recibió Angustias a los dos días un mensaje por teléfono móvil que decía: "Adiós, no volveré más". Como no estaban casados, no necesitaban ningún trámite…, y de reclamar… ¿qué?. Había dejado la ropa y otros objetos personales, pero sus documentos ya no estaban en el piso.

¿Qué había sucedido? Pues que en su departamento del banco trabajaba una despampanante italiana tras la cual se fueron sus ojos, su cuerpo y su alma, y la muchacha le correspondió, porque él también era de buen ver… y ya se le podía considerar rico y de buen porvenir…

Durante una semana Angustias estuvo de baja por enfermedad, y un psiquiatra la puso en tratamiento por depresión. Dos compañeras del trabajo la consolaban así:

-Sé que es duro lo que estás pasando. A mí me pasó lo mismo, mi marido me abandonó por otra, y me dejó sola con mi hijo pequeño. No compartimos el hijo, pero tiene que pagarme. Sí, la pasé mal al principio, pero luego encontré a otro mejor con el que tengo una niña, y vivimos tan felices – le decía una, y la otra:

-Él era un borracho que se encolerizaba con frecuencia y no me quedó más remedio que dejarlo. Desde entonces no quiero a ninguno fijo. No me fío de ninguno. Mucho me alegro de haberlo dejado… De todas formas estoy buscando a uno para larga duración o para siempre.

-Sí, al encargado del laboratorio número tres.

-¿Y cómo lo sabes si eso lo llevamos muy en secreto?

- Porque te he visto subir al tren una vez con él, y otra en el Café de París. No se lo he dicho a nadie. Nada tienes que temer.

20

-No temo ya nada porque estoy embarazada de él, y ya tenemos previsto comunicar nuestro compromiso dentro de un mes. Es bueno cambiar de parecer, y sobre todo cuando es para mejorar. Estoy muy convencida de que con Georg me irá bien, pues es muy trabajador, bebe moderadamente, todos sus colaboradores lo aprecian y se puso muy contento cuando supo que esperaba un hijo de él.

Estas dos compañeras de trabajo, Helga y Edeltraut, sacaron fuerzas de no se sabe dónde para animar a Angustias. Al teatro, al cine, a cafés, a baños en agua termales, a excursiones, a comidas y hasta al casino de juegos la llevaron, pero no mucho, no fuera a caer en ludopatía, que como le decía Helga: “Hay que acercarse al peligro pero si caer en ese abismo”. Y cierto fue que ellas contribuyeron más a sacar a Angustias de su depresión que las píldoras que le recetó el psiquiatra.

El marido de Edeltraut era el director de una academia de idiomas, donde también ejercía de profesor de alemán para extranjeros. Bien conocía la lenguas inglesa y francesa, pero como no era nativo no las enseñaba, pues deberían ser nativos los profesores de los diversos idiomas. Un día, pasado ya tres meses del comienzo de su enfermedad, Angustias fue invitada por él a comer en el campo en compañía de su familia y de dos profesores de la academia en el campo. Los profesores se llamaban, Jean Bauer y Serguei Mijailovich Gavrilov. El primero era un cura alsaciano bilingüe francés alemán, que decía que era francés oficialmente, pero se consideraba por igual tanto francés como alemán. Mitad y mitad le decían, a lo que respondía: “Por entero francés y por entero alemán, mi región fue unas veces francesa y otras, alemana, bueno… eso ya pasó… ”. Serguéi era profesor de ruso, era de Jarkov, en Ucrania, de lengua materna el ruso, como la mayoría de los habitantes de esa ciudad.

-¿Y cómo no está usted en la guerra que sufre su país en estos

momentos- le preguntó Angustias cuya forma de ser le recordaban A lo que respondió haciendo un gesto de desagrado con

-… ¡Humm!…Esa no es mi guerra. Nada se me ha perdido en ella… Soy pacifista y hasta objetor de conciencia…, y por qué no decirlo, siento miedo, aunque me tachen de cobarde. Mis padres y mi hermana con su familia la están sufriendo allá. Mi hermano, ingeniero de telecomunicaciones, se vino a Alemania conmigo, y trabaja en Baviera para una

empresa dedicada a eso. En edad militar como yo, pensamos lo mismo…, con lo de volver a Ucrania, ni pensarlo. Dos de mis bisabuelos participaron en la llamada Gran Guerra Patria de 1941 al 45. Un materno perdió la pierna derecha según entró en combate, por lo que lo enviaron a la retaguardia, le colocaron una pata de palo y lo pusieron a trabajar en una fábrica para el esfuerzo de guerra donde podía hacer su labor sentado. Al finalizar el conflicto, como era mecánico en la estación de ferrocarriles de Jarkov, le dieron un empleo de vendedor de billetes de tren en una taquilla…y sentado.

Hizo una pausa y continuó:

-A un bisabuelo paterno, como era profesor de matemáticas, lo pusieron en artillería, pero el primer día de combate perdió la mano izquierda, casi todos sus compañeros de la unidad desaparecieron menos él y un pequeño grupo que consiguieron huir a un gran bosque cercano donde se unieron a unos guerrilleros, donde estuvo dos años. Cuando llegaron los soviéticos lo reincorporaron a su ejército. Como artillero su principal misión era calcular distancias, ángulos de tiro y cosas similares, les fue muy útil, por lo que acabó con el pecho lleno de medallas, siendo reincorporado al profesorado al acabarse el conflicto. Sus esposas, bisabuelas mías las dos, ejercieron durante la guerra de enfermeras, oficio que luego continuaron durante toda su vida laboral. Los otros dos bisabuelos y dos bisabuelas

 desaparecieron durante la Guerra Mundial. Mi abuelo paterno y mi padre continuaron la profesión de mi bisabuelo y mi padre pretendió que yo le

siguiera, pero yo me emperré en lo de lengua y filosofía alemana a pesar de que me decía que eso no me daría de comer. Y tenía razón, pues solo conseguí dar clases particulares de alemán a cuatro alumnos y traducir dos novelas, por las que me pagaron muy poco… La literatura que hoy predomina en el mundo es la anglosajona…, que es la que se lee y se vende… De las demás… hay que decir que ni se tienen en cuenta…

- ¿Y de qué vivía? – le preguntó el director Adler.

- Pues de lo que ganaba, habitación no pagaba porque vivía en casa de mis padres, que también contribuían a mi alimentación y otros gastos en los malos períodos. Trabajé de camarero, de friegaplatos en restaurantes, de limpiador de cristales de escaparates de comercios, de recogedor de basuras, en la construcción… Todos trabajos temporales y mal pagados… Y mi padre me decía: "Ya te lo advertí…, y no me hiciste caso". Así las cosas hasta que mi hermano Iván, ingeniero de telecomunicaciones, que ganaba no mucho, pero más que yo, consiguió por un amigo un puesto bien remunerado en Alemania, y para acá se vino con su mujer…, y yo me lancé a la aventura y para acá lo seguí. Me quedaba al principio en una habitación con ocho inmigrantes. Trabajé en una gasolinera, con un sueldo que solo me daba para comer una vez al día, papas con salchicha y col ácida, que tiene vitamina C. Luego pasé a trabajar en la construcción…, y ya comía dos veces al día más dos cafés. Así hasta que en una organización religiosa de tipo caritativo, un cura libanés me habló de la academia de idiomas…

-Sí, el padre Butros Salem, nuestro profesor de árabe, un hombre que perteneció a una

organización extremista cristiana en El Líbano hasta que se hartó de ella y desertó. “Hui de aquellos fanáticos estúpidos… y también de Dios, lo reconozco, parece que

23

atendiendo a inmigrantes alemanes lo volvió a encontrar de nuevo” – le interrumpió el profesor Sauermann. - - -Así es, y del que soy buen amigo – comentó el padre Jean Bauer -. “Fui malo y me arrepiento, si es que tengo perdón” suele decir Butros . Y yo le recuerdo: Ya sabes, si estás verdaderamente arrepentido, si es que hiciste algo malo, que no creo; solo apoyaste a aquellos desaprensivos, y eso ya pasó´. Ahora a hacer el bien sin mirar a quién…

Angustias mirando a aquel ruso, con su forma de hablar y sus gestos, aunque físicamente no se perecieran, era de tez más blanca y rubio con un pequeño bigote, le recordaba a su gran amigo Edmundo. Bien es verdad que de los más de nueve mil millones de personas que hay en este mundo, no hay dos que piensen igual, pero al seguir hablando Serguei notó más parecido con su amigo de allá, y le pareció que con él congeniaría bien… El tiempo lo diría. Y Serguei continuó hablando:

-Antes de la guerra tenía muchos alumnos, pero al desencadenarse bajó la cantidad de aspirantes a hablar la lengua rusa, por lo que descendieron mis ingresos, tuve que mudarme a otra habitación con varios inmigrantes y recurrir a los servicios sociales de la Iglesia para poder comer dos veces al día, hasta que el padre Jean Bauer me consiguió un empleo de camarero en un restaurante de comidas rápidas en la Römerstrasse, durante cuatro horas al

mediodía, y otro de otras cuatro horas todos los sábados y cada dos domingos en una sala de baile para corazones solitarios. Ya con tres suelditos me las arreglo – y contó más cosas que a Angustias le gustaron, y más lo que Jean Bauer le dijo de él:

- Buena persona. Se puede confiar en él.

IV

Una tarde de domingo, ya pasado los tres meses de la separación de Angustias, su colega Edeltraut, en compañía de su esposo, el doctor Sauermann, sus dos hijos de siete y diez años, Jean Bauer y Serguei M. Gabrilov, la llevó al principal pabellón de deportes de Wiesbaden para ver un gran espectáculo de una compañía de balé sobre hielo de Viena. Y mientras esperaban, Edeltraut le preguntó:

-¿Cómo te va en la nueva vivienda?

-Puedo decir que me va bien. Más pequeña, sin lujos, pero para mí es suficiente. No me mudé antes porque por la depresión me quedé sin fuerzas y sin ánimo, cosas que noto que las estoy recuperando. Es un apartamento con una habitación y un salón con cocina, además del cuarto de baño. El señor Kühn padre, hombre muy recto, indignado por lo que me hizo su hijo, intentó cederme el piso con garaje, pero me opuse. Se puede decir que entre los

comprimidos que tomo y el gran apoyo que ustedes me prestan cada día noto una mejoría.

El espectáculo fue una maravilla. Ver cómo se deslizaban sobre el hielo, la gran precisión en los movimientos al compás de una buena música, las perfectas piruetas sin caerse a pesar del resbaladizo del suelo, los payasos sobre hielo etcétera… entusiasmaron enormemente a grandes y a pequeños, pero fue el padre Bauer el que más se emocionó, que demostró con sus fuerte aplausos y poniéndose de pie gritando ¡bravo! varias veces.

-¿Viene usted con frecuencia a ver estos espectáculos reverendo Bauer?

- Con frecuencia no, pero de vez en cuando sí. Procuro que sean de calidad. Me entero bien antes de ir a un teatro o a un cine - -Y si eso que ve, es subido de tono ¿qué piensa?

-Lo que vemos en cines y similares no es nada con lo que tenemos que oír en confesionarios. Estamos curados de espanto. Ya saben, por las tardes soy francés y profesor en la academia de idiomas, y por las mañanas, cura en la iglesia de Sankt Humbertus.

- Como observador me parece Angustias que usted ya está curada de su depresión, y ya que las tardes las tiene libres, ¿por qué no se matricula en las clases de ruso del señor Gavrilov? Seguro que a usted le sentará bien, y él se alegrará de verla entre sus alumnos. Yo lo estudié durante un tiempo y me arrepiento de haberlo dejado.

Dicho y hecho. Se matriculó en esa clase y comenzó a aprender ruso creándose una amistad

que fue más allá de lo esperado. Cines, teatro, circo, encuentros en el Café de París…, de forma que se enamoraron… Verdaderamente hay razones del corazón que el cerebro no comprende, y razones del cerebro que el corazón no acepta tan fácilmente, y en este dilema se debatió Angustias durante sus clases de ruso y en las conversaciones a las salidas de las clases que con Serguéi mantenía, y que hacían desaparecer de ella los restos de la depresión. Serguéi no era Edmundo, pero sí en su interior muy parecido… Los dos estaban cansados de vivir sin acompañantes, de forma que el amor, en mayor o menor grado, surgió entre ellos, de forma que a vivir juntos en el apartamento de Angustias se fueron. Entre los dos pagarían el alquiler.

-Celebro lo que han hecho, porque no es bueno que el hombre esté solo… y la mujer…, tampoco – le dijo a Serguéi el profesor Sauermann.

Y Seguéi le dijo a Angustias al mudarse:

-Desde que quedes embarazada, nos casamos, porque un matrimonio sin hijos no es tal… Soy un hombre de palabra, no lo dudes nunca.

26

¿Pero qué pasaba con Edmundo Lafontén?

Pues después de dos años de hacer de profesor interino, se quedó completamente sin trabajo, y a esperar dos años para unas nuevas oposiciones… Eso era demasiado, por lo que se acordó de Angustias y tomó una decisión: la de irse a Alemania. Tenía un dinerito ahorrado, con lo que podía pagarse el pasaje y emprender la aventura de encontrar trabajo allí. Al principio sería de obrero,

que mejor pagados que en España estaban; probablemente si daba con Angustias, ésta le orientaría..., y si no le iba bien volvería a los dos años para las oposiciones, por lo que se llevaría consigo los libros al respecto. Trabajar, estudiar para perfeccionar su alemán y lo de la enseñanza, era lo que le esperaba allá. Así que no tendría tiempo para aburrirse durante esos dos años. ¿Tendría la buena suerte de ver a Angustias...?

Y emprendió el viaje, convencido de que le iba a ir bien. Era joven y se consideraba con fuerzas para lo que se presentara. Pero está vez no fue en avión como las otras do veces que hizo ese trayecto, sino en tren para poder contemplar y disfrutar de los paisajes intermedios. Pero..., siempre hay peros, y en este caso fue que casi todos lo trenes, gracias a los progresos de las tecnologías, son de alta velocidad, de forma que los paisajes no se pueden apreciar porque pasan tan rápido que no se captan, y mirarlos hasta producen un poco de mareo, de forma que cerró los ojos y se puso a pensar, pues de leer no tenía ganas, y entre otras cosas, pensando, se acordó de lo que un día le confió Angustias riéndose: ”Ayer me dijo mi padre que me veía con cierta frecuencia contigo, por lo que debía tener cuidado, porque yo era de una buen familia, bien acomodada y estaba destinada a un hombre de cierta alcurnia y que tú no lo eras. No solo es un puritano sino también un reaccionario, y a mí no me gustan nada los que me recomienda, a los que considero unos estúpidos engreídos porque se creen de buenas familias; ten en cuenta de que los ricos son diferentes a los pobres y menos afortunados, o perdedores, y le contesté

que la única diferencia consistía en que tenían más dinero que los demás, convirtiéndose en insoportables consentidos; le pregunté si conocía en la ciudad a alguno de esos que valiera la pena como hombre y no supo darme respuesta". Hizo una pausa y continuó: "Eso no quita, que yo quiera mucho a mi padre…, a pesar de sus ideas reaccionarias, pues es un hombre muy bueno y caritativo".

Y otra nueva contrariedad se presentó, pero de mayor intensidad que la de no poder contemplar el paisaje. Cuando el tren iba entrando en Lyon, disminuida la velocidad, tuvo la mala fortuna de descarrilar, siendo Edmundo el pasajero que sufrió el mayor daño, pues el accidente se produjo en el momento en que se puso de pie para recoger de lo alto el bocadillo del almuerzo, de forma que al descarrilarse cayó al suelo, haciéndose una herida en la pate izquierda de la frente, fracturándose el hueso malar del mismo lado, se le rompió una muela, fractura de huesos propios de la nariz y perdiendo el conocimiento durante unos minutos. De los demás pasajeros se sabe que algunos sufrieron heridas de menor importancia, por suerte…

Los heridos fueron llevados a un gran hospital de la ciudad, y todos menos Edmundo fueron dados de alta en seguida. Éste tuvo que ser operado y permaneció ingresado quince días en el hospital días, en que ya se le consideró recuperado pero teniendo que hacerse unas revisiones en un determinado hospital de su lugar de destino, dándole una cantidad de dinero a cuenta de lo que le correspondería por el seguro en caso de accidente. En Lyon permaneció una semana más en un hotel hasta que se le permitió continuar el viaje.

Así que con cierto dinero llegó a Wiesbaden. Afeitado por motivo de la operación, volvió a ser El Feo de antes, cosa que no le hizo muchas gracias, por lo que consideró oportuno llevar mascarilla como en tiempos de la pandemia del covid - 19. Como era mediodía en el momento en que llegó a su destino lo primero que hizo fue ir al restaurante de la estación para almorzar.

28

Preocupado estaba por donde se alojaría… Iría al albergue juvenil, cuya dirección llevaba bien anotada, donde se quedaría unos días mientras buscaba un alojamiento definitivo. Del dinero que llevaba de España no le quedaba mucho, pero del que le dio el seguro en Lyon le daría para resistir más de un mes, tiempo en que ya le habría crecido la barba y podría presentarse de forma no rechazable para un nuevo trabajo y ante Angustias, aunque esta nunca había huido de él por el aspecto de su cara sin pelos.

Y mientras comía, con la mascarilla medio bajada, tres jóvenes se sentaron en una mesa contigua. Hablaban español, y por la conversación dedujo que eran mecánicos, por lo que, ya servido lo que pidieron, y finalizado su plato, se dirigió a ellos, planteándole lo de un lugar para alojarse. Y uno le respondió:

-Yo hace cuatro meses que estoy en Alemania. Soy mecánico y trabajaba en un taller de reparaciones de vehículos, cuyo jefe tomó la decisión de cerrarlo, me ofrecieron otro puesto pero con una paga menor, por lo que decidí venirme a donde gano algo más, y ahorrando estoy para volverme y comenzar de nuevo con mi propio taller,

porque ya estoy cansado de trabajar para otro por poco dinero, mientras él se hace rico. Mis dos compañeros trabajan para una importante empresa y han decidido quedarse para siempre en Alemania. Ya tienen compañeras; y éste – dijo señalando al de su izquierda – hasta tiene un hijo con la alemana. Me quedo en una gran habitación con camas para seis. Ahora dormimos allí cinco, pues el sexto se marchó hace quince días. Unos armaritos, una gran mesa central, una cocina pequeña y un cuartito de baño. Relativamente barato nos sale. Si quieres, vienes conmigo cuando acabe la comida. La dueña es una señora italiana, viuda de un alemán, que heredó de su marido un gran piso, y que con nuestros alquileres vive mejor; tenemos puerta de entrada independiente.

- Y los otros que duermen allí ¿quiénes son?´

29

-Se trata de dos griegos y de dos croatas, que son buena gente y que trabajan para una empresa distribuidora de ropas y zapatos para grandes comercios. Envían su dinero a sus familiares.

En fin que se fue con el nuevo conocido a la que sería su residencia en Wiesbaden.

-Quiero gente seria, y de borracheras, no las tolero. También exijo orden y limpieza. La ropa puede lavarla en el negocio de lavandería de esta misma calle.

Tendría que esperar un mes para que le creciera la barba lo suficiente para disimular sus cicatrices, presentarse a Angustias y comenzar a buscar trabajo. Sobre esto último, uno de los griegos le dijo a los cinco días:

- Dentro de veinte días un compatriota mío vuelve a Grecia, y su plaza de distribuidor de electrodomésticos queda vacante. ¿Dispones de carnet de conducir para furgonetas y camionetas?

- Por suerte sí.

- Pues me parece que ya estás contratado. Dentro de una semana iremos hablar con el jefe.

La barba, su principal preocupación, ya le había crecido lo suficiente para disimular en algo la fealdad de su cara, y dentro de una semana, a ese paso, estaría presentable para ocupar un cargo de cierta responsabilidad... Así que antes de un mes ya estaba instalado y con trabajo, éste de conductor-distribuidor de electrodomésticos. De ayudante llevaba a un joven alemán del norte de Alemania contratado por seis meses, que de gran utilidad le fue porque bien conocía la ciudad y le indicaba por donde debía ir. Al terminarse su contrato le esperaba un curso de formación profesional en informática de presencia física. Joven muy culto, que mucho le ayudaba en lo del alemán. Ahora hacía un curso a distancia por ordenador. Y también otro para camionetas.

V

El trabajo comenzó resultándole duro a Edmundo que además de transportar los electrodomésticos en el furgón tenía que cargarlo con su compañero Emil Krass para introducirlos en las viviendas. Bueno relativamente, cuando era en

planta baja o el edificio tenía ascensor…, pero maldita sea cuando el destino era en un piso alto y había que subir escaleras… Luego, si no era difícil, instalaban el electrodoméstico ellos mismos y le daban las instrucciones al cliente. Si era complicado, al día siguiente iría un especialista experto, que lo pondría en marcha. Lo cierto es que casi todos los días acababa con dolores de espalda.

- Eso es al principio. Cómprate una manta eléctrica y póntela por las noches. Verás como mejoras- le recomendó Emil.

Y durante los paseos de reparto por la ciudad se iba fijando en lo bella que era Wiesbaden, y así se lo daba a entender a su compañero, añadiendo:

-… Toda Alemania también lo es…

-Sí, pero no te confíes, pues no es oro todo lo que reluce. Esta considerada como uno de los países más ricos del planeta…Para unos es una maravilla, pero para otros no lo es tanto.

La mantita le sentó bien a Edmundo, y la barba le había crecido lo suficiente para disimular bastante su fealdad, pero no del todo. De todas formas se atrevió a ir a la dirección de la Moritzsrasse, donde según la carta vivía Angustias. Tocó varias veces en el piso indicado pero nadie respondió, y cuando ya se iba salió una señora a la que preguntó por su amiga que le respondió:

-Ya no vive aquí, pero tal vez puede localizarla en el lugar donde trabaja, en Laboratorio Farmacéutico Luber, situado en la Calle Abraham Linkoln, un poco

lejos… Se trata de un gran edifico. Mejor es que vaya en taxi…

En los recorridos que hacía repartiendo los aparatos se fijó bien en la calle Abraham Lincoln y en el gran cartel del laboratorio, así que un día en el que le correspondía librar por la tarde fue en taxi a ver si localizaba allí a Angustia, y le preguntó al encargado de la puerta que le respondió:

-Aquí trabaja mucha gente, y nadie sin una cita y un permiso especial puede entrar. Si espera a las cuatro, sale un gran grupo de empleados, y a las siete otro, en ese momento entran en menor cuantía los del turno de noche. Si espera tal vez la localice.

A las cuatro salió mucha gente, pero Angustias no apareció, "Tendré que esperar a la siete", se dijo, y esperó diez minutos, y ya se disponía a marchar, cuando acompañada de cuatro compañeras apareció la amiga, que asombrada exclamó:

-¡Huy, qué sorpresa! ¿Tú qué haces aquí...? ¡Lo menos que esperaba! ¡Qué alegría volver a verte!... ¿No estarás en apuros? ¿Tienes necesidad de algo?... – y siguieron otras exclamaciones más, junto a otras preguntas, hasta que Edmundo pudo abrir la boca y le respondió:

-No tengo necesidad de nada, todo me va bien en Alemania, y tu familia y la mía están bien allá.

Le presentó a sus compañeras de trabajo, Helga, Edeltraut, sus más amigas, y dos más.

-Nosotras no podemos irnos hasta que se hayan marchado todos los trabajadores de la sección que nos corresponde. Por eso salimos las últimas. Las cuatro somos farmacólogas. Trabajamos mucho,

pero no mata la labor que hacemos y nos pagan bien…

,
32

Allí, en aquella esquina, está la parada de autobuses. Tomaremos uno que nos llevará hasta cerca de la Asmanhausenstrasse, donde vivo y donde está situada la academia de idiomas donde trabaja mi compañero, de nombre Serguéi, al que te presentaré. Diría que en casi todo es muy parecido a ti.

Las otras tomaron otro autobús, y los dos viejos amigos fueron a encontrar al ruso.

Al llegar, Edmundo exclamó reconociendo la zona:

-¡Ah…, pero si yo resido ahora en esta zona, en la Lutzengasse, un estrecho callejón sin salida!

-Pues entonces somos vecinos…

Llegaron a la academia, minutos antes de que Serguei comenzara la clase de las cinco. Angustias presentó a los dos, y su compañero le dijo:

-A las seis tienes tu clase, y si tu amigo no se aburre puede venir de oyente. Vayan Ahora al bar de enfrente a tomar café o lo que sea. A las siete iremos al Schnelllinbiss a cenar. ¿De acuerdo?

Así quedaron…En la clase solo había cinco alumnos y Angustias. Edmundo no se aburrió y aquella tarde aprendió que jarachó significaba bien, y que espasiva era gracias, en ruso por supuesto. Menos es nada, pensaba.

Ya en el restaurante de comidas rápidas los dos hombres contaron algo de sus vidas y cómo habían

llegado a Wiesbaden. El accidente de tren impresionó mucho a Serguéi y a Angustias.

-A mediados del próximo mes tendré la barba ya bien formada y me la arreglaré en la barbería. Así dejaré de ser El Feo. Me afeito la parte del cuello y la zona más próxima submandibular, pero de la cara tiene que ser un experto barbero el que me la cuide.   Y Serguei tomó la palabra:

33

-Veo que domina bien el alemán, pero todavía le falta algo, necesaria para ser un profesor de español en este país.

-No pretendo ser profesor aquí, porque dentro de dos años volveré para hacer las oposiciones. He estado tres veces por períodos de un mes haciendo cursillos de alemán, y ahora tengo un excelente maestro en mi compañero de trabajo, Emil, que me ayuda mucho corrigiéndome defectos.

-Puede mejorarlo si se apunta en la academia en un curso para extranjeros. El profesor Sauermann es un gran maestro, detecta y corrige los defectos casi a la perfección. ¿Tiene dinero para un curso de cuatro meses de una hora cuatro días a la semana a la salida del trabajo?

-Yo tengo dinero de sobra para costeárselo - se apresuró a decir Angustias.

- Y yo también con lo que me pagaron por el accidente, que no lo he tocado, y por lo que me queda por cobrar.

- Le digo esto porque dentro de cuatro meses se marchará el profesor mexicano de español. Se va a trabajar a una universidad de su país en Monterrey,

y solo quedará un español para enseñar esa lengua. Usted puede sustituirle. Tiene experiencia en pedagogía y supongo que buenos conocimientos del español.

- De eso he dado clases y escribo cuentos y hasta alguna novela, aunque no las publique.

- Muy bien…, pero que muy bien… Este domingo no puedo acompañarle, pero el siguiente haremos una excursión por el Rin en barco y le invito, Iremos de aquí a Kaub, con retorno también en barco…

- Te encantará. Ven con nosotros… -interrumpió Angustias, y añadió-:También Serguéi es excelente conocedor de la lengua alemana. Por lo que te corregirá en nuestras conversaciones.

34

-Este domingo iré con mi compañero de trabajo a Fránkfort para visitar el que él dice que es un maravilloso parque zoológico, pues es un gran conocedor y entusiasta de la fauna salvaje. Así conoceré algo de esa gran ciudad. Ese domingo que dicen ustedes, les podré acompañar con sumo placer pero pagando mis gastos, si no, no voy. Ustedes ya me han invitado a esta cena… y no está bien el abusar.

- Como quieras…, pero ven – le dijo Angustias.

- Y el lunes vendrá con nosotros a la academia para hacer la inscripción y conocer al profesor Sauermann – le recordó Serguéi.

En el parque zoológico de Fánkfort, Edmundo se compró un libro para ir aprendiendo los nombres de los distintos animales, mientras su amigo Emil, le

indicaba como se pronunciaba correctamente y le daba otra informaciones:

-Ahora, como ves, estamos ante los leones; en su ambiente, pues se quiere conseguir que todos los animales aquí se sientan como si estuvieran libres. Uno de los principales promotores de este zoológico fue el profesor Gzimek, que también fue un gran defensor y promotor del Parque Natural de Serengueti en Tanzania, y que escribió un celebre libro sobre ese lugar titulado "Serengueti no debe morir", traducido a numerosos idiomas, y te lo prestaré… Hasta hace poco vivían en estado salvaje unos doscientos mil leones, hoy dicen que solo quedan unos veinte mil. A este paso solo van a quedar los que viven en cautividad en parques o en circos; pero hay países, como España, que tienen prohibido domarlos y exhibirlos. Alegan de que se estresan. ¿Es que no se estresan los trapecistas, los acróbatas, los equilibristas, los contorsionistas, los domadores y otros seres humanos que trabajan en espectáculos circenses?... Pagas, y cazas hasta un elefante.

35

-Un circo sin domadores con animales pierde muchísimo. Mi opinión es que están cargando ese arte del circo.

-Yo opino lo mismo, aunque pocos circos he visto – dijo Edmundo -. Francamente estoy emocionado porque nunca había visto un zoológico, y éste me parece muy completo y magnífico. Animales que solo había visto en fotografías…, y cuyos nombres en alemán que a veces coinciden con el español. El nombre que más gracia me hace es el del

hipopótamo, que deriva del griego, algo así como caballo de río; aquí lo llaman ustedes Nilpferd, que traducido es caballo del Nilo… Mucha gracias me hacen estos pingüinos que estamos viendo ahora, su nombre Pinguin suena igual que en el idioma nuestro. Para mí esta visita no solo es un gran placer sino que también una gran lección de alemán sobre la fauna salvaje. Los voy reteniendo, y pienso volver pronto a ver si no los olvido.

-Ahora pasamos al recinto de los cocodrilos donde se reproduce el ambiente tropical del que proceden, con truenos y resplandores de sus tormentas. ¿Restos de dinosaurios?... Seguramente… Mira allí..., colgada y pintada como una cebra. Ésa es la avioneta que usaba el profesor Gzimek para sus desplazamientos por los campos de África… Su hijo intentó seguir los pasos de su padre, pero desgraciadamente se mató en un accidente aéreo.

Y siguió la visita a aquel maravilloso zoológico, al que Edmundo prometió volver pronto…, y Emil le contó que en las próximas vacaciones iría a Tanzania para recorrer el Serengueti, que significa Ancha Llanura en Swahili.

VI

Y comenzaron las clases de alemán para Edmundo. Clases que impartían dos profesores, Otto Sauermann y Josef Riemer, Que consistían principalmente en corregir errores a extranjeros aventajados en el idioma y perfeccionar su escritura. Notó que los dos eran muy eficientes, y antes de una semana que muy rápidamente mejoraban sus conocimientos… iba por buen camino. Angustias había abandonado las clases de rusos porque, envuelta en un nuevo experimento, debía salir del laboratorio a las siete den la tarde, y además decía que hablando con Serguéi aprendía el ruso más de lo que necesitaba y no quería confundirse con el alemán. A la salida de clases coincidían a veces Edmundo y Serguéi que se iban a tomar un té, cerveza o café al bar próximo a la academia.

Y llegó el domingo que habían acordado hacer el paseo por el Rin, de Wiesbaden a Kaub, contemplando las bellezas de los paisajes de los dos Länder, o comunidades como se dice en España: Hessen y Renania-Palatinado. Pequeñas ciudades se veía a un lado y al otro del río, en la llanura que dividía.

-Mira, a la izquierda se ve la gran fábrica, o laboratorio farmacéutico, de la Boehringer en Ingelheim – y Serguéi fue mencionando los nombres de las diversas poblaciones por las que pasaban, indicando o lo que producían, siendo la palabra vino la más pronunciada. Sí, el mundialmente famoso vino del Rin.

En esto dijo Edmundo:

37

-Ya comienzan las montañas. El paisaje se vuelve más precioso.

-Efectivamente así es. Cuesta arriba se pueden distinguir bien los viñedos, de vinos que da gusto tomarlos. Me gusta alegrarme con este delicioso y suave néctar que nos da el Rin, pero detesto el llegar a la borrachera…, y sé controlarme… Aquí ya se detecta Rüdesheim am Rhein, una pequeña ciudad pero conocida en toda Alemania por acudir gentes de todo la nación y de otros países a consumir sus vinos, donde junto con música del Rin la gente goza de verdad. Pequeña pero bella, en que la alegría hace olvidar las penas de los duros trabajos… Vamos a comer que ya es la hora. A la izquierda casi frente a Rüdesheim podemos ver Bingen, ciudad industrial.

Y el barco se metió en la zona verdaderamente montañosa, donde pequeñas ciudades en la orilla hacían juego con diverso castillos en lo alto. Llegando un momento en que la música sonó con una canción dedicada a la roca de Lorelei. Y contó Serguéi:

-Lorelei era una preciosa mujer, con una dorada melena… ¿Hada o bruja?... Que cada cual la juzgue como quiera… En lo alto de esa gran roca a veces cantaba una canción que embriaga a los barqueros, que ya no miraban a los arrecifes sino a lo alto viéndola peinarse su pelo… Así las lanchas chocaban contra esos escollos yéndose al fondo del río causándole la muerte a esos pobres hombres… Sí, parecía un hada, pero yo opino que era del todo una bruja… El gran poeta alemán Heine hizo una

maravillosa poesía que es la letra de esa preciosa música que oímos ahora… Vean allí, sobre esa roquita del río han colocado una pequeña estatua que representa a la muy bella Lorelei sentada… muy parecida a la Sirenita de Copenhagen. Hay otras muchas interesantes leyendas del Rin, como la del tesoro que tiraron los Nibelungos a sus aguas. Hay que comprarse el librito y leerlas. A Edmundo le pareció Serguéi un gran guía turístico, y contando

Otras historias llegaron por fin a Kaub, donde le señaló una estatua que dijo que se trataba de Blücher, el general Prusiano que ayudó a Wellington a ganar la batalla de Waterloo. El barco se detendrá aquí para que estiremos las piernas y podamos contemplar la estatua del general indicando la ruta que debían seguir para unirse a Wellington y derrotar a Napoleón…, y dejaron atrás la pequeña ciudad de Kaub con su Blücher.

Y Serguei se entretuvo ahora hablando con unos rusos con los que se encontró en el monumento, y Edmundo le dijo a Angustias:

-Has hablado muy poco durante la travesía.

-Pero me he entretenido mucho contemplando el paisaje y oyendo las explicaciones de Serguéi que conoce bien esta zona porque al llegar de Ucrania trabajó en una fábrica de brandy en Rüdesheim am Rhein. Un día vendremos a ver esa ciudad en coche. Es muy bonita.

-¿No te aburres en Alemania? ¿No echas de menos lo de allá?

- A mi padre lo echo mucho de menos, pues muy… muy apegada a él estaba, pero no debe saber lo que hice y hago, porque al ser tan puritano se disgustaría muchísimo. Nada supo de Helmut y nada sabe de Serguei, y nada sabrá hasta que nos casemos, que será cuando quede embarazada. Ese es el acuerdo, y él es un hombre de palabra.

- En cuanto al aburrimiento no tengo tiempo para eso. El trabajo no me lo permite, y dentro de tres meses defenderé mi tesis doctoral sobre nuevos antibióticos en la Universidad Johannes Gutenberg de Maguncia, esa ciudad que está al otro lado del Rin como bien sabes ya, capital del Land Renania Palatinado... Sí, a veces siento nostalgia, pero ahora no puedo ir, cuando termine lo el doctorado pienso irme dos semanas para estar con mi padre que ya comienza a amenazarme con vender la

39 farmacia. También la echo de menos, pues en ella comenzó, por así decirlo mi vida laboral. Allí, francamente, ya no tengo amigas. Se fueron a la capital de la provincia o a otros lugares. Aquí he hecho muy buenas amistades entre las compañeras de trabajo.

-Sobre todo con Helga y con Edeltraut.

-Efectivamente, y Edeltraut es más que una hermana, difícil será para mí separarme de ella y de sus dos hijos, que me llama Tante Angusta. Su marido, el director Sauermann, es muy buena persona. Pertenece, por así decirlo, a una rara secta cristiana, la de los viejos católicos, que no es tal secta, sino que no reconocen la infalibilidad del Papa. Y Edeltraut, por satisfacerlo, que es evangélica, más de lo que desea, practica la suya.

Así le demuestra que es buena cristiana. Sus dos hijos siguen la de su padre. Con las dos voy a teatros cines, conciertos, cafés baños en aguas termales… Qué más voy a decir.

-Pero también le he oído decir al profesor Riemer que tienes amistad con su esposa senegalesa, que nada tiene que ver con medicamentos.

- Nadine, o señora Riemer, es enfermera, aunque no practica para lo que estudió y se graduó. Trabaja de operaria en una fábrica de chocolate… Al acabar en la universidad sus estudios de intérprete y traductor de lenguas inglesa y francesa, Riemer, por no encontrar un trabajo adecuado a sus conocimientos, trabajó unos meses en la construcción, donde arraigó en él sus sentimientos sindicalistas. Por sus conocimientos de idiomas una compañía consignataria de buques le ofreció un empleo en Dakar, Senegal, bien pagado, y allá se fue, donde conoció a Nadine, de la que se enamoró y se casó, de la que tiene dos hijos, uno de seis y otro de cuatro, mulatitos, como los verás. Él se dedica en la academia a enseñar alemán a extranjeros, pues para ser traductor e intérprete le exigían conocer el alemán a la perfección para

graduarse. Es muy trabajador, ya que aparte de la academia es sindicalista y colabora con un organización religiosa de ayuda a inmigrantes, aunque se considera agnóstico… ¿Cómo consigue tiempo para tanto? Le pregunté…, y me respondió: ”Yo sé arreglármelas y organizarme, es lo que me dice”… y le comprendo porque es un hombre muy ordenado; tal vez demasiado. La academia es una especie de cooperativa; los profesores son

trabajadores autónomos... y no les va mal, salvo a Serguéi que por culpa de la guerra se le ha reducido el número de alumnos y sus ganancias. Como la academia tiene mucho prestigio, tiene cierto apoyo gubernamental y de empresas. Éstas con cierta frecuencia envían a perfeccionarse en idiomas a empleados que irán al extranjero. A veces me repite que él es alemán, pero se considera ante todo un inmigrante ilegal. ¿Y cómo fue eso de casarse y de tú no ejercer de enfermera como eras sino de trabajar de operaria en una fábrica de chocolate?, le pregunté un día a Nadine, a lo que me respondió:

"Los hospitales huelen mal, no me gustan, y los médicos me dan náuseas, no los soporto. Tal vez huelen mal como dicen los astronautas cuando salen de sus naves espaciales y hablan de lo mal que huele ese espacio infinito. Mis tres mejores amigas de estudios de enfermería deseaban casarse con médicos y lo consiguieron, pero yo no, aunque dos lo deseaban. Conocí a Josef, que era extranjero y blanco, y pese a la oposición de mi padre me casé con él, y después nos vinimos a Alemania porque se le terminó el contrato con la naviera. No, no volveré a trabajar en hospitales; prefiero el olor del chocolate".

-Tal vez le gustaría más trabajar en una fábrica de perfumes.

-Mi empresa tiene una rama de perfumes y cosméticos. Se lo diré por si le interesa o conviene.

Serguéi dejó de hablar con los ruso, y al acercarse les dijo:

- Volvemos a pasar por Rüdesheim. En lo alto a babor vemos el castillo llamado Felsenschloss, y a estribor, a ras del agua, la Mäuserturm -Torre de los Ratones-, donde antes se cobraban los peajes a los barcos que por aquí pasaban.

Y Angustias dijo;

- Otro día volveremos, pero en coche para que puedas ver lo bonito que son estos paisajes y ciudades y pueblos del Rheingau.

Y cuando ya se acercaban a Wies

baden un grupo de viajeros cantó una canción que decía:

“Es war so schön,

So schön am Rhein…

“Fue tan bonito

tan bonito en el Rin…

Que a Edmundo le pereció como el himno del Rin

,

VII

Y los días transcurrían para Edmundo apaciblemente, muy ocupado con la conducción de la furgoneta, el cargar los electrodomésticos y las clases de perfeccionamiento. Respecto al trabajo físico de cargar, descargar y colocar los aparatos hay que decir que él sentía como se desarrollaban cada vez más los músculos pectorales, de los hombros, de los brazos y de la espalda. “Si sigo así, voy a parecer un tipo atlético”. Y respecto a las clases de alemán, se daba cuenta de cómo mejoraba ese idioma corrigiendo los defectos que tenía. Buenos profesores eran Sauermann y Riemer, que buenas cualidades pedagógicas tenían. También sentía cómo mejoraba su forma de conducir, adquiriendo poco a poco ese sexto sentido que tienen los taxistas, los camioneros y conductores de autobuses. De la instalación se ocupaba su compañero Emil, pero también aprendía algo. “Aquí lo que menos hago es perder el tiempo; me gusta cada vez más esta ciudad y este país”, opinaba. Incluso sus compañeros de habitación eran buenas personas, con los que a veces salía a tomar algo a un bar o a comer, no en restaurantes caros, por supuesto, siendo el español García y el griego Theodorus con los que mejor congeniaba y a los que más acompañaba cuando salía... En este caso era Edmundo el que les corregía

sus defectos y les indicaba como se decían esas palabras correctamente en alemán.

A Serguéi como es lógico lo veía con frecuencia en la academia y no era raro que después de las clases fueran a tomar algo a un

restaurante de comidas rápidas cercano. A veces Riemer los acompañaba. Serguéi en esta ocasiones también le corregía, por lo que la estancia en el Scnellinbiss se convertía en una agradable hora de clase. El ruso no solo era un gran conocedor de lengua germánica si también de la historia y de literatura rusa por lo que era una delicia hablar con él. Especialmente era interesante lo que contaba sobre la Segunda Guerra Mundial en la entonces Unión Soviética. Describía sus batallas como si las hubiese vivido, y eso, o tal vez por eso, que era un declarado pacifista. También, en reciprocidad, a Serguéi le gustaba oír las historias que de su tierra le contaba Edmundo, y las leyendas que de Senegal que les contaba el profesor Riemer, a la cuales eran muy aficionados los habitantes de ese país cuando les acompañaba… y eran muchas, que iban mezcladas con las aventuras de los cayucos cargados de emigrantes, donde tantos perecían muertos por las más variadas causas o porque el barco desaparecía en el fondo del mar como en la leyenda de Lorelei, pero sin que esta bruja les cantara una canción. A algunos de estos

inmigrantes que consiguieron llegar hasta el corazón de Europa atendió Riemer en su ONG.

-Tres mañanas o tardes, a veces más, que tengo libres las dedico al sindicato y a la organización de ayuda a los inmigrantes en precaria situación. Pago dos cuotas, una sindical y la otra a la ONG. Escribo artículos en un periódico especializado en estos temas, etcétera… - contaba Riemer.

Para un fin de semana su compañero Emil Krass le propuso ir a Colonia para ver la colección de monos raros del zoológico de esa ciudad, a lo que respondió Edmundo:

-Pero los sábados por las mañanas tenemos que trabajar.

-El próximo sábado, no, porque es fiesta .

44

Y allá se fueron en tren, quedándose en un albergue juvenil. Esa visita fue otra lección de zoología en lengua alemana que le dio su amigo Emil Krass.

Otras excursiones hizo él solo, pues sus amigos no podían acompañarlo por no tener tiempo o estar ocupados. Con Serguéi y Angustias volvió a Fránfort para visitar el Palmengarten y conocer algo de la ciudad; también hicieron excursiones los tres juntos para conocer Maguncia y Darmstadt. Un día acordaron ir ese el domingo a Rüdesheim y conocer esa ciudad y el Rheingau pero una fuerte lluvia les obligó a desistir de la visita… Y llegó el quinto mes de la estancia de Edmundo en Wiesbaden cuando le comunicaron que el profesor de español mexicano volvía a su país y debía presentarse a una especie de examen para ver si era idóneo para enseñar

español. El examen de alemán se lo hicieron profesores de la academia que lo consideraron apto para dar clases, y para el de español vinieron dos profesores universitario de Fránkfort que le concedieron la máxima calificación… Así que comenzó su nueva vida en la enseñanza, y con ello una estrecha amistad con sus colegas Serguéi y Riemer. Éste llevó a los dos y a Angustias a colaborar con la ONG de ayuda a inmigrantes colaborando no solo con una cuota mensual. Hay que decir que poco sacrificio significaba para ellos, y más bien les sirvió de entretenimiento, y Serguéi encontró con ello temas para sus cuentos.

En cuanto a Josef Riemer hay que decir que, después de lo que le contó su esposa Nadine sobre ese mal olor del espacio infinito que detectaban los astronautas cuando salían de sus naves espaciales a pasear, se dedicó a comprar libros que trataban de astronomía y a estudiar una revista sobre el cosmos, y lo que leía se lo contaba todo a Edmundo, por lo que adquirió conocimientos del alemán en cuestiones del éter espacial y de los espacios siderales, así que iba engrandeciendo sus conocimientos en esa tan cultural lengua.

45

Emil Krass aprobó su curso de Informática que realizó por internet, y al cabo de dos meses recibió Edmundo una postal de Serengueti en que le contaba las aventuras por esa gran llanura, de esa otrora colonia alemana de Tanganica. A la vuelta se iría a Emden a acabar su formación profesional.

Bien le iba con la clases, bastantes alumnos tenía, su sueldo se podía considerar bueno, y

grande fue su alegría cuando recibió una carta, sería pasado el séptimo mes de su estancia en Alemania, de que pasara por un determinado banco a cobrar una buena suma de dinero por indemnización del accidente ferroviario. Lo primero que hizo fue llevarle un buen ramo de flores a Angustias y a invitar a los dos a una comida.

Gustosos aceptaron, a lo que respondió Serguéi:

-Pero será en Rüdesheim am Rhein, en la Drosselgasse, cosa que tenemos pendiente… Hace dos días hablé con Riemer, sigue obsesionado con lo del mal olor espacial… “¿Y si eso llega a contaminar la Tierra?”, me preguntó, a lo que respondí que más contaminado estaba nuestro planeta, de lo que estoy algo enterado porque de lo hablo con dos personas muy interesados en cuestiones ecológicas, un profesor de inglés de la academia, y un miembro de la organización benéfica a la que pertenecemos, un ecologista declarado… y hasta fanático, que me responde que para saber la causa del mal olor del éter espacial hace falta un nuevo Einstein, y de ésos, con ese cerebro, solo suelen nacer uno cada mil años.

VIII

Llegó el domingo de la visita al Rheingau. Salieron temprano en el VW eléctrico, propiedad de Angustias, conducido por Serguéi, que dijo al ponerse en marcha:

-Ahora lo llevo yo, pero a la vuelta, ya que eres abstemio, lo traerás tú. ¿Cuándo te agenciarás un coche?

-¿Para qué lo quiero ahora si estoy cansado de conducir la furgoneta?... El tiempo dirá si lo necesito o no. Antes de año y medio volveré a España para las oposiciones, y allí necesitaré el dinero que he ahorrado y que ahorraré. Un coche cuesta..., después vienen las reparaciones, el garaje, seguro… Por ahora no pienso en eso.

Por la cara que ponía Angustias ahora y por las veces que la veía, suponía Edmundo, y con razón, que era feliz con Serguéi. Por suerte ella había elegido a un buen hombre, y eso le agradaba, porque la apreciaba mucho y le deseaba lo mejor. Para él no estaba hecha, siendo muy consciente de eso… Y así iba pensando, cuando al pasar por Eltville, se le ocurrió decir:

-Aquí, repartiendo los electrodomésticos, vine unas cuantas veces, y me gustaba porque eran casas preciosas, de gente adinerada y de artistas, que me dieron algunas buenas propinas. Además, hay un palacio que es un hotel. Da gusto verlo. Emil tiene un amigo que trabaja en él, y nos lo enseñó. Hoy los invito a comer en la Drosselgasse, pero queda otra pendiente en la Kurhaus. Y el coche siguió su curso, mientras Serguéi iba explicando lo que veía mientras pasaban:

47

-… Ahora llegamos a la zona de la ciudad de Geisenheim, donde yo me quedaba, y Johannisberg, zona vinícola e industrial. Arriba se puede ver el castillo palacio del príncipe Metternich, aquel ministro austríaco que arregló y desarregló Europa al desaparecer Napoleón en Santa Helena… Y ahora pasamos por la principal plaza, aunque no muy grande, de Geisenheim, en que lo más importante no es el ayuntamiento sino el gran árbol que pueden ver en su centro, un tilo, por lo que se llama Lindenplatz. En Berlín hay una importante avenida con muchos tilos que lleva el nombre de Unter den Linden

- Que significa Bajo los Tilos en español. Y ahora llegamos a la preciosa Rüdesheim am Rhein, donde Serguéi trabajó los cuatro primeros meses al llegar a Alemania, en la fábrica o destilería de un bien conocido brandy, y donde hasta se echó una novia…-añadió Angustias.

-Y me dejó por otro…, pero eso ya pasó… Ahora al llegar, torceremos a la derecha e iremos cuesta arriba… - y unos momentos después añadió -: Ahí a la izquierda, donde se ve la estatua del santo está el Sankt Josef Krankenhaus, hospital comarcal del distrito del Rheingau-Taunus, donde me operaron de apendicitis… Y subiendo llegamos al barrio de Eibingen, donde está el convento que fundó la gran doctora de la Iglesia Santa Hildegart von Eibingen…, que me parece que escribió un buen libro de medicina para la Edad Media, donde nos detendremos para ver el gran fresco que cubre pared y techo de su iglesia.

Hecha la visita bajaron hasta cerca del Rin, y dejaron el coche en un aparcamiento para ir viendo la ciudad a pie, comenzando por la Rheinallee, o avenida del Rin. Un gran barco de turismo, estaba atracado a su puerto fluvial, al otro lado de las vías del tren que corrían paralelas al río. Y Serguéi comentó:

-Por suerte el tiempo es bueno, y el sol es agradable. No hace frío ni calor; tampoco lluvia ni amenaza. Buena primavera tenemos. Allá en lo alto se ve el bosque que cuando más me gusta es en otoño con esos colores tan preciosos de las hojas ya caducas, y en los atardeceres unidos a los pálidos y bellos colores rojizos rosados y azules del cielo. Es un gran placer contemplar esos espectáculos. Aquí trabajando en la destilería estuve cuatro meses hasta que un grupo de empresarios vendedores de bebidas alcohólicas entre otras cosas nos hizo una visita…, y resultó que uno era ruso. Ese señor, que aparte de licores comercia con otras cosas, se detuvo a hablar conmigo, y fue el que me recomendó a la academia que estaba a punto de iniciar la enseñanza de mi idioma. Muchos se matricularon, pero con el comienzo de la guerra, disminuyó el número de alumnos. Pero vayamos contemplando la belleza de esta calle y de toda la ciudad, pequeña pero con un gran nombre. Por la Drossegasse subieron hasta la Oberstasse, que en lo de locales de vinos, salas de bailes y otras cosas era en realidad una prolongación de la Drosselgasse. Luego bajaron hasta la MarKplatz donde estaba la

iglesia parroquial de Sankt Jakov, el ayuntamiento y otros edificios oficiales de la administración del distrito, volviendo a la Drosselgasse por la Rheinallee, o Avenida del Rin, contemplando las tiendas de souvenirs, hoteles…

En el restaurante Serguéi pidió vino para él y para Angustias, que al verlo exclamó:

-¡Weingut Fendel, buena y antigua marca de esta zona!

Edmundo como abstemio pidió Fachingerwasser-agua Fachinger, conocida agua mineral en toda Alemania. El camarero mostró una mueca de desagrado en su cara, y contestó:

-Aquí no servimos esas cosas…

Pero el maître que estaba cerca , dijo:

-Tengo una botella reservada para mí, ahora voy a buscarla. Yo la tomo… por lo de mi estómago… Y me va bien…

Para comer pidieron un bistec campesino con ensalada de papas.

Serguéi durante la comida contó cómo se decidió por estudiar la lengua y filología alemana:

-…Fue sobre todo por mi admiración por la gran cultura…, la ciencia…, la literatura…, y sobre todo por mi gran admiración por el filósofo Immanuel Kant…,

Bien satisfechos por el gran bistec salieron del local, mientras Serguéi decía:

-Ahora vamos a las telesillas para subir al Niederwald Denkmal para contemplar el bello

monumento a Germenia y al maravilloso paisaje que desde allá se divisa, con Rüdesheim al fondo, después el Rin desde lo alto, y al otro lado del río la ciudad de Bingen y una gran llanura del Land de Renania Palatina. Como volando en un avión a muy baja altura, durante el trayecto, podremos contemplar a nuestros pies un gran campo de viñedos.

Al llegar a lo alto encontraron a mucha gente, y la mayoría con sus teléfonos móviles haciendo fotos en todas direcciones. Angustias por no ser menos, sacó del bolso su móvil y se puso a hacer lo mismo, pidiendo a los dos que la fotografiaran como recuerdo. Así llegaron al maravilloso monumento de la mujer llamada Germania, majestuoso con alegorías al glorioso ejército alemán…, causándoles especial impresión la imagen de los soldados que se iban a la guerra despidiéndose de sus familiares.

-Una maravillosa descripción de este paisaje hizo Goethe que llegó a Rüdesheim procedente de Taunus por este lDescribirla nosotros sería una temeridad. Nadie puede superar a ese escritor.

50

Y mientras conversaban, Serguéi les recordaba que era la hora de tomar café. Y mientras se ponían en marcha hacia el bar más cercano, un hombre con una navaja en la mano derecha salió de entre la gente dando gritos de: “¡Al fin te conseguí, canalla; me robaste a mi mujer, y hoy me las pagarás!”. Y al llegar donde estaba Serguéi le clavó tres navajazos, cayendo éste al suelo mientras la gente daba gritos y Angustias caía desesperada sobre él con llantos y gritos… En esto alguien gritó, “¡un terrorista”! y la multitud huyó despavorida…, todos, menos un

grupo de unos diez jóvenes vestidos con jerséis blancos con un escudo y pantalones azules, aparte de Angustias y Edmundo, que rodearon al agresor y que muy bien sabían evitar los navajazos que daba en el aire, hasta que lo pudieron sujetar y desarmarlo… No tardaron en llegar unos vigilantes a los que entregaron el agresor que bien sujeto tuvieron hasta que llegó la Policía… Serguéi estaba muerto, y tanto Angustias como Edmundo en un estado de nervios de tal magnitud que tuvieron que llevarlos al hospital para que los trataran…

¿Qué había ocurrido?... No es fácil explicar… El grupo de jóvenes con jerséis blancos y pantalones azules se trataba de miembros de un equipo de hockey sobre patines, unos buenos deportistas, que por la agilidad adquirida en la competiciones y en los entrenamientos bien sabían esquivar los navajazos que aquél, presuntamente demente, lanzaba al aire… Mucha agilidad requiere ese deporte, y eso bien lo demostraron en esta ocasión.

Algo tranquilizados los dos amigos, la Policía les tomó la primera declaración, pero quedando la segunda para el día siguiente, ya que el estado mental de los dos estaba muy confuso y alterado. A Angustias hubo que internarla y darle más tranquilizantes. A Edmundo se le mandó a un hotel, donde no pudo dormir… A día siguiente prestaron declaración completa ante la Policía, y el martes ante un juez… El miércoles se les permitió regresar a Wiesbaden pero pendientes de otras diligencias, pues un proceso

judicial estaba en curso como es lógico.

-Tengo miedo; mucho, y mejor dicho siento pánico, no me dejes sola. Vente a vivir a mi piso, por favor – le dijo Angustias a su buen amigo al llegar a Wiesbaden.

-Pero si no estamos ni comprometidos ni casados. Eso es imposible.

- Eso no importa. Tú dormirás en el sofá del salón y yo en mi habitación si…, si es que puedo dormir… Me atiborraron a medicamentos… No, no me los tomaré todos; no los resistiría…

A Edmundo se le concedió una semana de permiso en su trabajo, y a Angustias un tiempo mayor por depresión…

Él accedió a la petición de su amiga y dejó la pensión en que vivía, con la condición de que lo que pagaba de alojamiento se lo daría a ella, si no, no se mudaría. Así que pasaron a vivir juntos…

A los diez días del suceso, Angustias sintió unos dolores en el vientre y fue a consultar a un médico que le diagnosticó embarazo.

Lo que tanto deseábamos se presenta ahora que está muerto… ¿Qué voy a hacer?… ¡Un hijo sin padre!... ¡Eso es horroroso, y yo de abortar, ni pensarlo!... Eso iría contra mis principios… ¡Qué dirá mi padre!... Lo de desheredarme no me importa, pero sí que me aborrezca. ¿Y quién va a creerme que es hijo de Serguéi?... ¿Su hermano?… Por supuesto que no… No pudo venir a su entierro porque está en un país de África haciendo unas instalaciones telefónicas…

-Por eso no te preocupes. Yo figuraré como padre. Un hijo tuyo es como si fuera mío – le dijo Edmundo.

-¡Pero eso es algo así como condenarte toda la vida!… Después, qué chica te querrá con un hijo ilegítimo... Eso es imposible... ¡Ni hablar!... No te deseo ningún mal...- y rompió a llorar- ¡Qué desgracia!... ¡Qué hago!...

-La desgracia ya sucedió y grande fue, lo de que el que nazca tenga padre y sea legítimo tiene solución. Nos casamos, y luego me abandonas… Eso es corriente hoy día.

- Pero si no nos amamos.

- Eso poco importa actualmente…, y hasta suena a ridículo.

Y siguió la conversación sobre esta precipitada decisión hasta que la sugerencia de Edmundo se impuso… Y fue el padre Jean Bauer, el que, como experto, el que se encargó de hacer los trámites para la boda sin que los padres de ambos se enteraran. Y le advirtió a Edmundo:

-Los caso pero te impongo una condición querrás a tu hijo como si fuera biológico, y cuando cuando llegue a la adolescencia y se revuelva contra sus padres, lo seguirás queriendo igual y no le echarás en cara que no es hijo tuyo. Edúcalo bien, y ustedes dos procuren trasformar en amor esa amistad que les une desde niños. No estoy casado porque soy sacerdote, pero estoy en contra de ese celibato que se nos impuso en el siglo catorce. Cosas de la Edad Media…, que ya no tienen sentido...

El matrimonio Riemer fueron los testigos de la boda. Y a España a saludar a sus padres fueron en la luna de miel. Don Arcadio no quedó muy contento

con la elección de su hija, pero..., qué se podía hacer ya; había que aceptarlo.

En cuanto a la depresión que se le diagnosticó a Angustias, conviene aclarar que su voluntad se impuso sobre ella, de forma que dejó de tomar los medicamentos después de la conversación con Edmundo sobre la paternidad de lo que llevaba en el vientre.

De nuevo Helga y Edeltraut ayudaron a Angustrias a salir demla depresión. El doctor Adler, marido de Helga, muy asictó al Gran Teatro, arrastró a la pareja a ese lugar done vieron entre otras cosas “Madre Coraje y sus Hijos” de Bertold Brecht y el ballet “El ballet “El Lago de los Cisnes” que maravillaron

IX

En cuanto al asesino de Serguéi hay que decir que hubo dificultades con lo del juicio por las diferencias de opinión sobre su estado mental. ¿Era o no responsable de sus actos un hombre de conducta intachable en su trabajo de conductor de grúas grandes?... Al fin se le consideró mentalmente enfermo, ya que al localizar a su mujer que estaba en paradero desconocidos, ella relató los malos tratos que tuvo que sufrir y que la obligaron a huir y a esconderse en un país extranjero. Después de concienzudas investigaciones e informes de psiquiatras,

psicólogos y forenses se le diagnosticó una psicopatía peligrosa, y se le condenó a ser recluido en un sanatorio psiquiátrico de tipo penitenciario para tratamiento durante largo tiempo .

La evolución de la pareja, dentro de la anormalidad de las circunstancias, aparentemente fue normal. Él se mostraba más tranquilo, mientras Angustias, de vez en cuando era víctima de fases depresivas en las que rompía a llorar, pero que por su fuerza de voluntad y por el apoyo que le daba su marido, lograba superarse. También le ayudaron mucho los Riemer, que fueron sus padrinos de boda… Pero fue al nacer el niño, cuando todo cambió, pues con la criatura también se produjo el verdadero amor de Angustias por Edmundo…, y viceversa. A don Arcadio se lo comunicaron cuatro meses después. Así no sabría que nació antes de tiempo, pudiendo estar seguro de lo muy legítimo y legal que era su nieto, al que le pusieron el nombre de Sergio, por su padre biológico. Algo más debía llevar de su auténtico padre, no solo genes.

Como no celebraron boda dada las tristes circunstancias en que se unieron en matrimonio, aprovechando el que recibió Edmundo por el accidente del tren, y la no menos grande cantidad de dinero que les envió don Arcadio con motivo del nacimiento de su nieto, celebraron el bautizo de éste con una gran fiesta en la Kurhaus, en la que estuvieron invitados las compañeras y compañeros de trabajo con sus familias. Padrinos del niño fueron el profesor Riemer, pese a ser evangélico agnóstico,

y su esposa Nadine. Registrado en el consulado español ya figuraba con la nacionalidad de sus padres.

Y muy felices fueron en los meses que siguieron, poniendo una niñera para que lo cuidara cuando los dos trabajaban. El pequeño llenó de alegría a la pareja… De volver España no hablaban por el momento, y Edmundo se olvidó de las oposiciones a magisterio, porque al ejercer de profesor en la academia veía cubiertos todos sus anhelos. El padre de Angustias seguía apremiando a su hija para que volviera y se hiciera cargo de la farmacia, pues ya se hacía viejo y quería desprenderse de ella; además la echaba mucho de menos. Con el coche eléctrico que tenían, o bien solos o acompañados de amistades hacían excursiones a pueblos o a los bosques y montañas cercanas. Sí, a diferentes lugares, menos a Rüdesheim, porque Angustias se oponía, incluso a pasar por la carretera que allí conducía por el mal recuerdo que le dejó el triste suceso que en ese lugar vivió.

Pero como suele ocurrir en todos los matrimonios, también sucedió en el caso Edmundo Angustias: se presentó un embarazo, el segundo de ella. Y éstos suelen producir cambios en la mentalidad y forma de ser en la persona que lleva el feto en su útero, aparte de los tan mencionados y conocidos antojos, que en este caso se limitaron perros calientes y papas frita…con piñas y melones, cosas nada complicadas de conseguir y muy baratas.

Pero también se presentó en ella un deseo de mucho mayor peso, procedente de su cerebro y de

su corazón, y con mucha fuerza: la morriña… Esa nostalgia, en que unida a bellos recuerdos de la infancia, de la madre, de su padre, de hermanos, de conocidos, de la ciudad…, dominan a quien lo siente en una mezcla de dolor y de placer, de forma que incitan a volver al lugar de origen. Y éste antojo…, por así, llamarlo, penetró con mucha fuerza y muy profundo en lo más íntimo del ser de Angustias, de tal forma que propuso a Edmundo volver a su tierra. No era que él no sintiera nostalgia, pero ni mucho menos tan fuerte… Muy a gusto estaba en Wiesbaden, y cada vez la apreciaba más, de tal forma que muy decidido estaba hasta quedarse a vivir allí para siempre. La belleza de la ciudad y la enorme satisfacción que el trabajo le producía contribuían mucho a ello, a lo que hay que sumar otros muchos factores… Pero la morriña de Angustia, a la que sin duda contribuía el duro invierno que estaban pasando unido a las noches tan largas y la niebla, le dieron a comprender que estaban perjudicando la salud de su mujer y la evolución del embarazo, de forma que llegó a la conclusión de que debían volver a España, ese lugar tan deseado por los turistas nórdicos.

-¿Pero qué voy yo a hacer allí si no tengo trabajo ni nada propio? ¿Rascarme la barriga?

-No, trabarás en la farmacia.

- Pero si no tengo ni idea de medicamentos.

-Serás el administrador y el contable, con un sueldo superior al de profesor.

-Tampoco sé de eso.

-Muy experto eres en matemáticas, pronto te pondrás al tanto en lo de la contabilidad, y tienes muy buena letra, cosa muy útil.

Ya lo verás, y viendo a tus padres y hermanos, lo de aquí, sin olvidarlo, se nos pasará pronto.

Otras consideraciones siguieron, y no sin lágrimas en lo ojos , se despidieron de amigos, colegas, de Wiesbaden … y de Alemania.

X

En un vuelo directo desde Fránkfort llegaron a la capital de la provincia, donde don Arcadio los esperaba con un furgón para los viajeros y sus equipajes. Al ver a Angustias pálida y demacrada, al día siguiente su padre la llevó al ginecólogo, que, aparte de los medicamentos que traía de Alemania, le añadió otros dos y le recomendó un reposo, por así decirlo casi absoluto:

-Nada de trabajar hasta que te hayas recuperado bien del parto, y a tomar algo de sol, pero no mucho, en el gran balcón de tu casa. Come bastante- añadió el galeno.

Al cabo de una semana parecía bastante recuperada para alegría de todos.

-Lo mejor que me sienta son las comidas de casa, que tanto echaba de menos- Le decía Angustias a Edmundo, que le respondía:

-Al paso que vas en dos semanas estarás como nueva. Yo, en cambio, me encuentro desolado. He ido a la Consejería de Educación, y allí no hay nada para mí…, y este año no hay oposiciones… Don Arcadio, loco con el nieto, ni habla conmigo… Tengo la sensación de que aún me rechaza como entonces…; estoy muy convencido de que no le gusta que sea su yerno y que me considera un bueno para nada… Me fui al puerto y hablé con Herminio, el que fue compañero de curso y que bien

conoces, hoy jefe de los trabajadores del puerto, y me ha prometido para el mes que viene un cargo de ordenanza con un sueldo muy bajo… Lo acepté, porque menos es nada… Seré un correveidile…; eso es todo.

-No te preocupes tanto; ya he hablado con mi padre y está de acuerdo en que tu lleves la administración y la contabilidad de la farmacia, porque te conoce mejor de lo que tu crees. Ahora prefiere que te cuides y descanses, y el próximo mes te irá poniendo al corriente de todo…, y ya con sueldo…, superior al de profesor... Yo no me haré cargo de la farmacia hasta los cuatro meses después de nacer la niña. Hay farmacéutica empleada.

Todo iba bien, y Angustias salía a dar paseos por la Alameda y llegaba a veces hasta el castillo situado en el viejo puerto con un antigua farola muy cercana, con un banco para sentarse y contemplar el mar con pequeñas lanchas de pescadores atracadas al también pequeño muelle. Ella esperaba que Edmundo terminara su labor en la farmacia para que la acompañara, que ya, al sentirse útil y con la mejoría de su esposa se encontraba más tranquilo y satisfecho.

Vivían en la vivienda de don Arcadio situada en el piso superior de la farmacia, que mediría unos ciento cincuenta metros cuadrados, espacio más que suficiente para todos. Toda la casa era de do Arcadio, por lo tanto no era un condominio, y la fachada estaba cubierta de azulejos con un gran letrero que ponía FARMACIA DE LA ALAMEDA.

Edmundo con no poca frecuencia iba a ver a su padre, que también, como el abuelo materno se ponía muy contento de ver a su nieto, pero muy lejos estaba de saber que no lo era. Sería un Lafontén que continuaría su apellido. Pro era a don Arcadio al que más gracia le hacía, pues vivía en su casa y podía verlo todos los días, y al respecto decía;

-Los otros dos están en la capital, pero este pequeño Sergio está aquí y me alegra la vida. Nadie ni nada me lo separará. Aquí se quedarán a vivir y a hacerme compañía mientras viva. Y tú Edmundo ¿cómo te va ahora?

-Entre el trabajo y estar atento a la salud de Angustias en su embarazo…, el niño…, no tengo tiempo para pensar en mí… Pero, a decir verdad, echo de menos a Alemania. Allá era como un profesor universitario, y mis compañeros de trabajo eran personas muy interesantes. Buenas personas, con buenos conocimientos, no solo de idiomas sino de otros asuntos. Un profesor era un sindicalista y político, otro, gran amigo mío, llamado Riemer, era sindicalista y miembro de una organización caritativa, muy activo, dos profesoras eran activistas ecologistas… Con todos me llevaba muy bien y colaboraba con Riemer en su ONG.

-Yo colaboro con dos ONGs: Cáritas y la Cruz Roja. Les doy algo de dinero y así tranquilizo algo mi conciencia…, pero hacer no hago nada, sino ir algunas veces a la Sociedad Cultura y Progreso a charlar, jugar al dominó y de tiempo entiempo oír una conferencia. El cine de hoy ya no es para mí… Antes me dedicaba a pescar. Tengo una falúa

todavía…, atracada al mulle del Club Náutico, pero hace dos años que no la uso. Cuando hacía buen tiempo salía en algunos festivos a pescar con ella, y cuando era malo, a veces pescaba en el viejo muelle, cerca del castillo. La pesca, contemplando el mar tranquiliza los nervios… Te la recomiendo… Y de la falúa, te he de decir que es muy buena y apropiada para pescar… El encargado de las embarcaciones del Club Náutico es un patrón de altura graduado que allí también ejerce de profesor de navegación para los que aspiran a ser patrones de yate. Él, que se llama Damián, te enseñará bien esas técnicas y te conseguirá los permisos para navegar y para pescar… Sí quieres, mañana te haré socio del Club y Hablaré con Damián, buen amigo mío. Estas dos cosas corren de mi cuenta.

Después de pensarlo un rato sin decir palabra, Edmundo contestó:

-Pues bien…, estoy de acuerdo. Probaré, y si me agrada continuaré. Pero pagaré yo las cuotas.

-Ni hablar. Yo te meto y yo pago…, y si te gusta y continúas, ya tendrá tiempos para pagar… Damián es una persona agradable… Entrena a menores y mayores, da clases, organiza regatas… No para de trabajar. Él es el alma del Club, lo afirmo.

Hablando un día con Angustias en el salón principal de la casa, Edmundo le dijo:

-Observo que en ese mueble biblioteca solo hay libros de una escritora llamada Corín Tellado… ¿Cómo es eso?... Y de otros escritores ¿qué pasa?

-Corín Tellado fue una buena escritora de novela de amores tenebrosos y complicados como los que yo tuve, y que fueron muy del agrado de mi abuela materna y de mi madre. Dicen que vendió cuatrocientos millones de ejemplares, y que sus obras fueron traducidas a veinte y ocho lenguas extranjeras. Debe haber ganado mucho dinero. A mi padre le gustaron mucho las novelas del Oeste Americano, pero últimamente solo compra los premios literarios de España, como el Nadal, el Planeta, y alguno de los galardonados con el Premio Nacional de Literatura o el Nobel.

Y Edmundo, además de su trabajo en la farmacia, siguió los concejos de don Arcadio.

XI

Una noche llegó don Arcadio a su casa después de haber estado unas horas en la Asociación Cultura y Progreso con dos noticias una, de que había llegado a puerto una embarcación con unos treinta inmigrantes subsaharianos, y la otra, de que la Guardia Civil con su patrullera había detenido a diez millas de la costa a un yate con cocaína, y que también fue llevado a puerto. De la primera embarcación refirió de que fue encontrada al garete y llevada a puerto por un barco de salvamento de esos rojos. Lamentablemente tres ocupantes, a los que se consideran emigrantes ilegales, estaban muertos, dos adultos y un niño de tres años. Del yate fueron detenidos los tres ocupantes y llevados a la cárcel.

-Menos mal, pues esos desalmados traficantes muchas veces se salen con las suyas. En este caso parece ser que fue gracias a un chivatazo de la competencia en ese infame negocio. En cuanto a los inmigrantes hay que añadir que siete fueron internados en el hospital en mal estado, y los demás alojados en el pabellón polideportivo. La comida se la suministran del cuartel y de la cocina de la Cáritas local... Y también traigo otra noticia: me tropecé, con el que hace tiempo no veía, nuestro vecino de enfrente, que nunca sale de día, Augusto Dacosta.

¿Pero quién era Augusto Dacosta?... Pues un señor más o menos de la edad de Edmundo que vivía y tenía una buena tienda de muebles y de otros artículos del hogar enfrente de la farmacia. Decían de él que era algo raro, pero ¿quién no lo es en este mundo?

¿Era un hombre taciturno?... Lo cierto es que su vida transcurría entre la tienda y su vivienda, ésta situada en el piso superior de la casa de su propiedad como los Ibarra y la tienda debajo . Dos plantas tenían todas la casa de la Alameda, menos una. En las horas de trabajo siempre estaba en su negocio, y era muy hábil a la hora de ofrecer al público lo que vendía, convenciendo con su labia de que le compraran lo que es ofrecía. Pero a las casa de sus clientes no iba nunca, sino que enviaba una empleada decoradora que bien sabía elegir lo más adecuado para la vivienda del interesado, que muy satisfechos quedaban y que aconsejaban a otros a que fueran a El HOGAR DE DACOSTA cuando les fuera necesario algo para la decoración de su casa.

Augusto hasta tenía fama de muy buena persona, y así como a Edmundo lo apodaban El Feo, a él lo llamaban El Búho, porque solo salía de noches a dar algún paseo, y no todas. No era ni feo ni gordo, a pesar de que parecía que no hacía mucho ejercicio, pero en su tienda no paraba, no era exagerado en comer, y no bebía sino un vaso de vino en el almuerzo.

No vivía solo sino con su madre. Estaba en el instituto de segundo enseñanza en un curso superior a Edmundo y a Angustias. Debía estudiar una carrera al acabar el bachillerato, pero su padre enfermó y tuvo que hacerse cargo del negocio familiar. Así que se convirtió en comerciante, pues una hermana mayor que tenía, nada quería saber de tiendas. Era funcionaria administrativa del ayuntamiento, y estaba casada con un comerciante de tejidos de la Calle Mayor. Prácticamente no tenía amistades, cosa rara en una pequeña ciudad, no alternando con gente de su clase y no perteneciendo a las sociedades recreativas para la

élite local.. ¿Un misántropo?..., puede ser. En los ratos libres los ocupaba hablando con su madre, viendo televisión o mirando por la ventana a la gente que pasaba… Nadie podía hablar mal de él, porque a nadie hacía daño… Una vez al mes iba a la capital de la provincia a ver un partido de fútbol de primera

división, ya que no le gustaban los de categoría regional; por televisión veía muchos de los partidos que transmitían, gustándole sobre todo el que repitieran las jugadas interesantes. Al cine solía ir una vez al mes, en sesiones nocturnas por supuesto, y dos o tres veces al año acudía al teatro municipal a ver alguna obra de compañías que venían de fuera. Pertenecía a las mismas organizaciones caritativas que su vecino de enfrente, don Arcadio, pero al revés de éste no practicaba la religión, y no es porque no creyera sino para evitar cotilleos sobre sus creencias. Cuentan que alguna vez iba a la casa del párroco, se confesaba, recibía su bendición y le daba un donativo para la Iglesia, y que el clérigo le recomendaba que practicara más y que diera ejemplo, pero no le hacía caso. “Pues reza en casa”…, le repetía, y además ”eres un caso difícil de comprender”.

Lo cierto es que cuando Angustias andaba por los catorce años, se fijó en ella, y al parecer se enamoró de la chica, penetrando en su pensamiento esa sensación tan profunda que era imposible arrancársela. Pero por más que intentaba hacer amistad con vistas a un noviazgo, ella lo evitaba… No es que lo rechazara, sino que no le permitía

intimidar con ella, cortándole con mucho tacto cualquier trato que fuera más allá de tres o cuatro palabra. Esto lo lo decepcionaba, lo enfurecía y le hacía sentir rencor hacia El Feo. “¿Qué tendrá ese mequetrefe que no tenga yo?... Tengo más dinero que él, soy mejor parecido, y para esto no hace falta mucho, porque con esa cara, ¡mira que es desagradable!”…, pensaba. Pero él no se daba cuenta de que en Edmundo ella no veía su aspecto físico sino su interior que era muy rico… Pero a Angustias, su juventud con sus deseos no le permitían enamorarse de un Quasimodo como El Feo, sino de alguien con bastante mejor presencia. Y Angustias no era ciega, por lo que su interior admitía, su exterior no lo aceptaba, y eso no quería decir que lo rechazara, pues lo apreciaba con toda su alma.

“Si estuviera en el mismo curso que ella, la cosa sería distinta,

pues sabría quitárselo de encima, pues para eso tengo más que arte, pero estoy en un curso superior… Sí, más experiencia y conocimientos, pero menos esperanzas de contactar con ella.,.. ¡Y hasta es posible… es posible… que lleguen a casarse!... No, eso no puede suceder…, y no lo puedo permitir… ¿Pero qué hacer?” Se repetía con frecuencia Augusto… Y su desesperación se incrementó mucho cuando en los dos últimos cursos de bachillerato la barba de Edmundo le iba creciendo y su fealdad iba disminuyendo, de forma que las otras chicas del curso que otrora lo evitaban, ahora se acercaban a El Feo. Para Angustias seguía siendo el mismo, pues con él

mantenía la misma amistad de tipo intelectual que antes de que le creciera el pelo por sus mejillas, cosa que Augusto no podía comprender.

La ida a Santiago de Compostela de Angustias, aplacó bastante el rencor de Augusto, que ya iba siendo conocido como El Búho, ya que Edmundo iba a estudiar a la capital de la provincia, lugares muy lejanos uno del otro. Rencor u odio que se despertaba cuando en vacaciones los veía hablando, aunque ya eso no lo hicieran con mucha frecuencia, en la puerta de la farmacia, y comprobara que gracias a la barba ya era injusto que se le llamara El Feo. Odio eterno a Edmundo se prometió como Aníbal hacia los romanos. De eso ni Edmundo ni angustias se enteraron. En sus cabezas no cabía el que nadie pudiera odiarlos.

Augusto Dacosta era un hombre que de vez en cuando sufría de depresiones, que le ocurrían nada más que un día, y que las trataba con el remedio único que existió durante siglos hasta que aparecieron los electroshocks, el tofranil y otros remedios familiares, y ese remedio consistía en tomar bebidas alcohólicas que a tantas personas conducían al alcoholismo, al delirium tremens, a desgracias en los hogares, a perder la dignidad… y a la muerte… Así que cuando se sentía deprimido, cerraba la tienda a las cinco de la tarde, subía a su habitación y a beber ginebra hasta que, como dice el tango argentino, se encontraba bien mamao…

Entonces, ya de noche, comenzaba una andanza nocturna, pero no como de costumbre, y con buen paso y conciencia, pero sin rumbo fijo, sino que dando algunos tumbos, se dirigía hacia una de las

dos viviendas donde moraban dos amigas suyas, damas de no buena reputación, que cobraban muy caro por sus servicios. Eran dos treinta añeras, de buena presencia, la una, viuda, y separada la otra, que acababan de curarle la depresión de ese día.

Las dos damas, vivían en la misma calle, la de El Cierzo, y en la misma acera, pero algo separadas, calle de casas terreras, menos dos que tenían dos plantas. ¿Se hacían concurrencia en su negocio?... Las dos se llevaban bien… Y en la acera de enfrente tenía su vivienda doña Esperanza, una señora mayor cuya principal distracción era asomarse al postigo de su ventana para observar que caballeros frecuentaban a esas damas de dudosa reputación. De dinero y prestigio en la ciudad eran los señores, porque no cobraban poco por los servicios prestados… En su mente los tenía bien anotados… Y viendo a Augusto Dacosta entrar en alguna de las dos casas, decía a su hermana Doña Rosa:

-¿Qué necesidad tiene ese joven con dinero y bien parecido, que se lo rifarían las chicas de la ciudad, de frecuentar a esas garrapintas?

-Déjalos, ¿qué nos importa a nosotras las vidas de los demás? Allá cada cual.

-A mí me hacen gracia esos honorables caballeros que cuando llegan a la esquina, creyendo que nadie los está mirando, se apresuran, y hasta corren, y se meten deprisa en la casa de una de las dos. Seguro que tienen la cita concertada por teléfono.

Pero Augusto nunca concertaba citas, pues solo iba cuando estaba ebrio, y eso no sabía nunca cuando podía ocurrir.

Un poco tranquilo en lo referente a Angustias estuvo el vendedor de artículos para el hogar durante la larga, pero muy larga ausencia de Angustias, pero su indignación y su odio volvió a brotar de nuevo cuando la vio en compañía de Edmundo con un niño y embarazada de nuevo. “¡No, no y no!... ¡Eso no podía ser! Angustias había sido creada por Dios para Augusto Dacosta, él, y solo para él. Por eso la había puesto enfrente de su casa, y no en la calle Vendaval, donde vivía la familia de Edmundo, en un barrio secundario, más propio para las dos damas de mala reputación. Y las dos calles se entrecruzaban… A ese mundo depravado debería pertenecer El Feo y su familia, y una mujer de baja estofa es la que se merecía el maestrito ese”… Y no dejaba de pensar cosas malas sobre El Feo, para él el más feo de la ciudad”. “¿Cómo se le ocurrió ir a Alemania a buscarla? Y yo sin poder moverme de aquí por culpa del negocio… Y empezaba a echar maldiciones de las muebles, y hasta ganas le dieron de quemar el negocio…, pero su madre vivía en la casa…, y eso sí que le impedía hacer semejante barbaridad…, por suerte…, aunque no lo reconociera.

Y el tiempo pasaba, y el odio hacia el supuestamente feliz Edmundo, aumentaba en Augusto. Para calmarlo, o más bien para superar la indignación hacia ese desaprensivo, bebía más y frecuentaba con más frecuencia los domicilios de las dos desvergonzadas treinta añeras damas… Pero ocurrió algo inesperado… Ocurrió que una de las dos, la viuda consiguió casarse con un acaudalado

exportador importador de la ciudad… Nada reprobable; quedaba la otra, y una casa de muy mala reputación, de muy poca higiene, solo para gente pobre, a la cual Augusto ni se atrevería pisar… Y, ¡maldita sea!, una noche al visitar a la segunda, la separada, ésta le plateó lo siguiente:

-O te casas conmigo o me haces tu pareja de hecho, porque así ya no puedo seguir. Necesito un compañero para muy largo tiempo, o mejor, hasta el fin. Me lo merezco. Muchos favores te

he hecho, ¿y qué recibo a cambio?, uno miserables euros. O me tomas o no vuelvas más por aquí.

Ante esta actitud de la dama Augusto tomó la decisión de no volver más por allí. ¿Cómo un hombre como él, de buena familia, bien acomodada, bien vista…, iba a meter en su casa a una garrapinta de esa calaña?... Su madre no lo toleraría… Había sin duda hombres que aceptaban eso…, pero él, Augusto Dacosta, ¡nunca!... ¡Por Dios!... ¿Cómo se le ocurrió a semejante mujer sugerir una cosa así?...Además él se tenía prometido que solamente sería para Angustias Ibarra… ¡Y para ninguna más!... Eso no lo sabía Edmundo…, y Augusto no sabía que Edmundo se había prometido que la que se casara con él tendría que ser semejante a Angustias. Dilemas cerebrales difíciles de comprender.

No, Augusto no podía perdonar al otro el que le haya robado su amor secreto, y Edmundo era muy consciente de que él no había robado a nadie nada. Su conciencia estaba muy limpia… Pero el odio de Augusto estaba in crescendo, y cada vez que veía a su contrincante le daban ganas de estrangularlo…;

lástima que no tuviera una pistola, porque lo dejaría frito a la entrada de la farmacia… Entonces ¿qué hacer?

Edmundo salía todas las mañanas junto con Angustias a eso de las once para tomar café, momento que consideraba Augusto el más apropiado para hacer la venganza que tanto deseaba. Sí, Angustias vivía enfrente de él, y a él estaba destinada, pero ese mequetrefe méteme en todo le había quitado el amor de su vida, y eso no podía quedar sin castigo. Así que compró una buena y grande navaja albaceteña, y una mañana, al salir de la farmacia a las once como de costumbre, lo esperó en la puerta del establecimiento y le asestó tres navajazos, como aquel loco en el Niederwald Denkmal hizo con Serguéi. En el suelo sangrando cayó sin sentido, mientras gritos y llantos de Angustias atrajeron a

a los pocos transeúntes que por allí pasaban y a los empleados de la farmacia, que fueron enseguida a buscar rollos de algodón para taponar las heridas del caído. Otros gritos se oyeron, y eran del agresor que corría desesperado metiéndose en una calle y desapareciendo de la escena.

No tardó en llegar la Policía, y un rato después una ambulancia, que dando los pitidos de costumbre lo llevó al hospital, donde al mismo tiempo ingresaban cinco inmigrantes norteafricanos deshidratados que habían llegado en una patera que traía a doce . Poco después ingresó Angustias que la trajo un coche con un ataque de nervios, y más tarde otra ambulancia traía a la madre de Augusto que había perdido el conocimiento al

presenciar desde la ventana de su casa el disparate que cometió su hijo. Una mañana de mucho jaleo le tocaba al personal de aquel hospital comarcal.

Inmediatamente Edmundo fue llevado al quirófano, donde se le operó lo que estaba dañado y se le suturaron las heridas, pasando luego a la unidad de cuidados intensivos, donde se debatiría cinco días entre la vida y la muerte, hasta que salió de ese peligro y pasó a una planta normal de cirugía, en la que permanecería unos veinte días para seguir en tratamiento ambulatorio.

En cuanto a Angustias, como estaba casi al final del embarazo, éste se le adelantó en quince días a lo previsto, dando a luz la niña la misma noche de los navajazos.

A don Arcadio hubo que tratarlo también, pero de los nervios, en el ambulatorio; no hubo necesidad de ingresarlo en el hospital, de forma que tuvo que hacerse cargo de la parte administrativa de la farmacia durante los dos meses que duró la baja de su yerno. Se contrató una farmacéutica más para cubrir la ausencia de Angustias por maternidad. ¡Todo son complicaciones en esta vida!

6
69

¿Qué pasó con Augusto después de la barbaridad que hizo? La Policía lo buscó durante todo el día sin dar con él. ¿Dónde estaba metido?... Nunca se supo… Lo cierto es que en la madrugada del día siguiente del desastre que hizo, dos policías lo localizaron llorando, cara descompuesta, botones de la camisa desabrochados, con aspecto muy lamentable…, sentado en un banco, junto a la farola

del mar y del castillo donde comenzaba el viejo muelle pesquero.

Uno de los policías que lo conocía, le dijo:

-Lo siento don Augusto, tengo que detenerlo, ha cometido un delito muy grave, y tengo que llevarlo esposado.

Augusto no prestó resistencia y extendió las manos, comenzando a llorar más fuerte.

-Mejor sería llevarlo primero al hospital – dijo el otro policía al ver el aspecto tan lamentable.

-No, con llevarlo al centro de salud será suficiente.

Entones con voz fuerte, Augusto gritó:

-¡Qué me condenen a muerte! ¡Es lo que me merezco!

-Esa pena ya no existe – le contestó el policía.

-Pues no lo sabía.

En cuanto a la madre de Augusto, a los cuatro días fue dada de alta, pero bajo tratamiento con tranquilizantes.

EPÍLOGO

¿Qué fue de los personajes aquí mencionados después del muy desagradable y triste último suceso de este relato?

En cuanto Augusto Dacosta hay que decir que fue juzgado por intento de asesinato, y aunque el pedía para sí la máxima pena, teniendo en cuenta la conclusión de diversos psiquiatras y de forenses se llegó a la conclusión de que se trató de un caso de trastorno mental transitorio, pero que no podía quedar sin pena. El no haber tenido antecedentes penales también influyó en que el castigo fuera menos severo, así que se le condenó a cinco años de cárcel, que fueron reducidos a cuatro por los claros signos de arrepentimiento. No obstante se le prohibió volver acercarse a la Alameda y se le ordenó que viviera en un lugar alejado. La tienda de muebles fue trasladada al local de su cuñado en la Calle Mayor, pues era mas rentable ya que la venta de tejidos. En su lugar se establecieron dos dentistas que pagaba un buen alquiler, de forma que no quedaron mal económicamente madre e hijo. Además, al salir de la cárcel Augusto, como se trasladó a la capital de la provincia, un lugar suficientemente alejado, un tío suyo, de quince años menos que su madre, lo empleó en el gran negocio de pinturas del que era dueño. Así pasó de nuevo a ser un trabajador honrado…, y curado de rencores.

Edmundo a los dos meses fue dado de alta, y con más interés que antes tomó las riendas del negocio de la farmacia, no solo como contable y administrador, sino también como vendedor de fármacos. Como Angustias lo que le gustaba era el laboratorio donde hacía las fórmulas magistrales, poco tiempo pasaba

atendiendo al público; mucho menos que Edmundo, de tal forma que él era tomado por el farmacéutico. Sí, a Angustias la llamaban como antes la Boticaria de la Alameda, pero a él por su porte serio y con el dominio de la utilidad de los medicamentos que vendía lo comenzaron a llamar el Farmacéutico de la Alameda, de forma que se fue olvidando en la ciudad poco a poco aquello de El Feo, que, además con la barba, ya no lo parecía. Su buen dominio del ordenador, del que se hizo una especie de vicioso, lo indujo a estudiar por esa vía las propiedades y contrariedades delos medicamentos que vendía, de tal forma que los clientes quedaban muy contentos con los consejos de Edmundo. No era farmacéutico, ni se atrevía a suplantar a esa profesión, pero llegó con su constancia, interés y esfuerzo a parecerlo, de forma que hasta Angustias en varias ocasiones le consultaba cosas de su profesión, pues ella por los niños poco tiempo le quedaba para libros y ordenadores. En fin que se hizo algo más que un buen técnico en farmacia.

En cuanto a la pesca que había comenzado a practicar como deporte, la continuó, cuando hacía mal tiempo, en la costa, y cuando estaba tranquilo el mar, en la lancha motora, o falúa, de don Arcadio. Y también fue bastante hábil en este arte, aunque no se puede decir que fuera un gran maestro. Había días de suerte y otros en que nada picaba. Poco importaba eso, pues lo más importante para él era contemplar el mar, maravilla que le tranquilizaba.

En cuanto a Angustias se deba decir que abandonó toda…, o casi toda, la administración de la farmacia en manos de su marido, en el que

confiaba plenamente, lo que le permitía dedicarse dedicarse de pleno a la rama que a ella le gustaba de su carrera, la preparación de fórmulas magistrales, siendo ella misma la que entregaba en mano a sus clientes los preparados, e interesándose mucho por los efectos beneficiosos o secundarios no deseados, recordándoles como debían tomarlos para evitar males y

conseguir el mejor efecto. A veces le ayudaba su padre que fue también un buen experto en esa cuestión. Los niños eran, sin duda alguna, una de sus grandes preocupaciones.

De las dos amigas de Augusto Dacosta de a calle del Cierzo ya se sabe que una se casó con un señor algo acaudalado antes del gran incidente yéndole muy bien, y de la otra se informó Edmundo , de que tres meses después del ataque que sufrió, también encontró a otro señor, éste propietario de varios apartamentos turístico en la urbanización Villa del Mar, en una buena playa a quince kilómetros, donde era considerada como una respetable señora, donde como tal se mostraba.

La ida de sus vecinas produjo cierta tristeza a doña Esperanza. pues se le acabó lo de fisgonear, y sobre esto le decía su hermana:

-Alégrate, así esta calle será más respetable y te podrás ir a la cama antes, y no estar esperando cuanto tiempo permanecen en esa casa don fulano o don mengano . Ya te lo he dicho que esas garrapintas tienen más suerte que las que como nosotras hemos sido decentes toda la vida... Que

nos queda de eso…, una humilde pensión…, y ellas viviendo en la grandeza.

De los amigos de Alemania solo tenían buenas noticias. Echaban de menos Edmundo y Angustias a la ciudad de Wiesbaden, pero el trabajo y los dos hijos, Sergio y Lucía, los absorbían plenamente, y para esos pequeños era mucho mejor educarlos y verlos crecer donde estaban que allá.

En los tres primeros años de Alemania vinieron a pasar unas tres semanas para tomar el sol Josef Riemer con su mujer y sus dos hijos y Emil, el compañero de los electrodomésticos de Edmundo, con sus compañeras, que se alejaron en el apartamento que don Arcadio tenía en la Villa del Mar, ahorrándose así el pagar hoteles o apartamentos. Emil, acabada su formación profesional no tardó

en encontrar un buen empleo de experto en informática en una importante empresa en la misma Wiesbaden. De Helmut Kühn no supo Angustias nada más.

Y como no puede haber dos sin tres, apareció un nuevo hijo en la familia, al que llamaron Arcadio, para gran alegría del abuelo.

Y esto esto es todo lo que podemos decir de momento de la llamada Boticaria de la Alameda.

FIN

Todos los personajes que figuran en este relato son producto de la imaginación del autor, cualquier parecidao con personas reales es pura coincidencia. Lo mismo ocurre con los hechos aquí narrados.

La Boticaria de la Alameda, escrita en Santa cruz de Tenerife durante el otoño del año 2024

Un cuento un poco largo dedicado al

Doctor Valentín Hernández Baquero

médico de Medicina Preventiva de la

Isla de Tenerife

LA BOTICARIA DE LA ALAMEDA, relato de amores posibles e imposibles que se desarrollan en medio de intrigas.